

clark carrados

¿es usted un robot?

¿Es usted un robot?
Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/419

I

Percy Gates fue uno de los innumerables ciudadanos que, por aquellos días, recibieron un anuncio redactado, más o menos, en los siguientes términos:

¿ES USTED UN ROBOT?
No, evidentemente, puesto que
ES UN HUMANO
¡Pero puede convertirse en un robot!
¿Qué ventajas obtendrá de su decisión?
(Si es positiva, claro)
¿Se la decimos?
Por supuesto, usted está esperando conocer qué beneficios se derivarían de su conversión del estado actual de humano al de

ROBOT

Nosotros podríamos enumerarle una infinidad de ventajas, tales como la evitación de gastos y trabajos onerosos, la solución de problemas personales que otros ejecutarán por usted, pero, sobre todo, citaremos una ventaja que supera a todas las demás, que le hará aceptar nuestra proposición de «robotizarle» con los ojos cerrados.

Le diremos cuál es esa ventaja; cuál es esa suerte que va a tener si acepta nuestras proposiciones. Es lo que el hombre ha buscado siempre, sin conseguirlo jamás hasta ahora. Es

¡LA INMORTALIDAD!

Nosotros, convirtiéndole en robot, le haremos inmortal.

Llame, por favor, al número 3-IC-3737; es todo cuanto tiene que hacer.

Muchas gracias.

Percy Gates volvió a leer el anuncio, impreso en una cuartilla de papel corriente y luego examinó el matasellos del sobre. La carta había sido depositada en uno de tantos buzones postales de la ciudad.

—¡Tonterías! —se dijo Percy, que era un muchacho sensato—. ¡Vaya una manera de sacarle los cuartos a la gente!

Porque estaba seguro de que muchos picarían —había tipos para todo—; y entonces el propietario del número 3-IC-3737 vendería a los incautos alguna pócima inofensiva por un par de monedas.

Arrugó la carta, hizo una pelota con ella y la arrojó a un rincón.

Luego se fue al cuarto de baño, pues tenía concertada una cita con una preciosa morenita, que le estaba entrando por el ojo derecho y que, si Dios no lo remediaba, acabaría sacándole de su incurable soltería.

Bueno; Percy no era tan viejo; a fin de cuentas, sólo contaba treinta y seis años, pero con los adelantos médicos de la época —siglo XXIII—, parecía tener diez menos, y no sólo fisonómicamente, sino en todos los sentidos.

El agua de la ducha arrastró sus ropajes solubles y le limpió el cuerpo. Un aparato especial dictaminó el grado necesario de limpieza y entonces el agua fue sustituida por numerosos chorros de aire caliente, que le secaron en pocos momentos.

Junto al cuarto de baño tenía el armario ropero. Percy eligió unos pantalones cortos, negros, con franja cuadriculada amarilla y anaranjada, el último grito de la moda en indumentaria masculina, una camisa blanca, con botonadura de diamantes jovianos sintéticos, lazo negro y zapatos de media caña, ajustables al miembro como una segunda piel.

El cinturón era del mismo color que la franja de los pantalones y de él colgó una carterita con la documentación y cien megadólares. Una vez terminado su atavío, abandonó el apartamiento y se metió

en el ascensor, que le condujo a los sótanos del edificio, donde guardaba su vehículo monorrueda.

Montó en el aparato, programó la ruta a seguir, pulsó el botón de contacto y se cruzó de brazos. Era todo lo que tenía que hacer; los distintos automatismos del monorrueda harían funcionar el aparato por las calles precisas, deteniéndose ante los semáforos, acelerando o frenando cuando fuera necesario y, finalmente, parándose ante el lugar determinado. Por supuesto, en caso necesario, podría desconectar el automático y pilotar manualmente, pero prefería dejar los trabajos de la conducción a los mecanismos del vehículo.

—Y ¿quién quiere ser un robot, si esto que me transporta es un robot y me obedece a mí cuando quiero? —se dijo, mientras corría por las calles de la gran ciudad, con no poco sentido común—. ¡La inmortalidad! ¡Bah! ¡Qué tontería!

La cita con la morenita, llamada Lily Downey, habría resultado muy agradable, de no haber sido porque, a mitad de la conversación, cuando Percy estaba a punto de rendir la plaza, ella le dijo que iba a contestar al anuncio.

—¿Qué anuncio? —preguntó Percy, bajándose de la luna

—¡Tonto! ¡Ese que dice si uno quiere ser robot y, si contesta afirmativamente, le harán inmortal! —contestó Lily.

Percy se pegó una palmada en la frente.

Su aprecio por la morenita descendió numerosos grados.

—¿Tienes la cabeza hueca o qué? —preguntó desconsideramente.

—¡Percy! —protestó ella—. ¿Qué maneras son ésas de tratar a una dama?

—Perdona, Lily, pero es que no pude contenerme. ¿Cómo has podido dar crédito a semejante sarta de insensateces?

—Insensateces o no, vale la pena de probar, ¿no crees? —contestó Lily con femenina obstinación—. ¿Te imaginas lo que representaría vivir siempre..., siempre, sin morir jamás?

Percy cerró los ojos un instante. «Y ésta es la mujer que yo quería para esposa», se dijo, defraudado.

—Bueno, si quieres probar, hazlo —dijo—, pero de antemano te garantizo la respuesta.

Lily se picó.

—Dímela, hombre listo —pidió.

—Llamarás a ese número telefónico y te contestará una voz diciéndote: «Por favor, señorita, envíe dos megadólares a tal dirección. Dentro de tres días recibirá un frasquito con las instrucciones precisas...» ¡Y el contenido del frasquito será agua de regaliz, con colorante inofensivo y azúcar de arce! ¡Simplemente, con cinco mil idiotas que contesten a esos prospectos, el tío se habrá echado diez mil megadólares al bolsillo!

Hubo un momento de silencio. Los ojos de Lily despedían llamas.

El transportador automático de alimentos trajo en aquel momento dos enormes copas de helado, postre de la cena que habían tomado ambos jóvenes. Con voz aún más fría que el postre, Lily dijo:

—De modo que me consideras una idiota, ¿eh?

—¡Por favor, Lily...!

Ella se puso en pie. Agarró una de las copas de helado y la volcó sobre la cabeza del joven, dejándola en esta posición.

Luego, antes de que el sorprendido Percy pudiera reaccionar, le lanzó el contenido de la otra copa a la cara.

—¡Ahí tienes! —dijo furiosamente. Y con gran sarcasmo, añadió —: Dicen que el frío conserva los organismos; ¡empieza a conservarte, estúpido!

Giró sobre sus talones y se alejó, dejando a Percy cubierto de helado poco menos que de la cabeza a los pies.

A tientas, buscó una servilleta y se limpió como pudo. Una camarera acudió en su ayuda.

Estaba terminando de quitar de encima de sí los restos del helado, cuando oyó una risita irónica.

—La dama tiene su geniecito, ¿eh?

Percy abrió el ojo derecho; el izquierdo estaba aún medio lleno de helado, y miró al hombre que se reía de él.

Tenía cuarenta años, era bajo, fornido, y vestía el uniforme gris-azul de la policía ciudadana. Su nombre era Ángel Bellón y era un buen amigo de Percy.

Años atrás, ambos habían cursado juntos los estudios de Derecho. Bellón dejó la carrera a punto de graduarse, para ingresar en la policía, pero la amistad había perdurado.

—Por fortuna, lo he descubierto antes de casarme —respondió Percy.

—¿Tu prometida? —preguntó el oficial de policía.

—Lo hubiera sido, si no hubiese descubierto de pronto que está chiflada. ¿Has recibido ese anuncio referente a convertirse en un robot?

—Sí, claro, pero lo arrojé a la papelera inmediatamente.

—Lo mismo hice yo. Pero, por lo visto, siempre habrá idiotas que piquen ante los anuncios más absurdos. —Percy dio un megadólar de propina a la camarera y luego dijo—: Te invito a una taza de café, Ángel.

—No, gracias; tengo trabajo. —Bellón se echó a reír de nuevo—. En fin, te felicito por el descubrimiento de las cualidades de tu ex futura esposa. ¿Cómo te van los asuntos?

—No puedo quejarme —sonrió Percy—. ¿Tu mujer y los chicos?

—Estupendamente. A ver cuándo vienes a comer un día con nosotros; te prometo que no te tiraremos helados a la cara —dijo Bellón, sin dejar de reír.

Estrechó la mano de su amigo y se fue.

Percy señaló en el tablero de peticiones de la mesa una taza de café descafeinado y luego pulsó el botón marcador de la nota. Tomó el café, encendió un cigarrillo, dejó diez megadólares en el cajoncito de cobro de la mesa y se puso en pie.

Tuvo que ducharse cuando llegó a casa. Íntimamente, se sentía decepcionado por la actitud de Lily, pero reconocía que, en medio de todo, había sido una fortuna comprobar su verdadera idiosincrasia antes y no después del matrimonio.

—Hubiera sido horrible —murmuró, estremeciéndose.

Luego se puso una bata y se sentó cómodamente delante del televisor. Tras algunas vacilaciones, pulsó el mando de REAL; quería disfrutar realmente del programa.

Proyectaban un viejo «western». Por medio de un mecanismo psicofísico, Percy se convertiría en el protagonista de la película; cabalgaría por las praderas, lucharía con los indios, sería herido, pasaría sed en el desierto de Arizona, sostendría duelos a revólver con hábiles pistoleros y acabaría casándose con la hija del ranchero.

El único defecto que encontraba Percy a los programas «reales» de televisión era que todas las películas terminaban cuando la

pareja protagonista iba a iniciar su luna de miel.

La pantalla del televisor se iluminó. Entonces sonó el timbre de llamada. Los mecanismos de «realidad» no habían tenido tiempo todavía de entrar en funciones y Percy apagó el aparato, maldiciendo interiormente al inoportuno que venía a interrumpirle la velada.

II

El importuno era una mujer.

Percy la estudió críticamente durante unos breves instantes. Era alta, delgada, de ojos verdosos y cabellos negros, muy cortos. Vestía un traje de tejido esponjoso y color rojo cardenal, sumamente ajustado a las curvas de su cuerpo que, pese a su aparente delgadez, era de perfectas proporciones anatómicas.

Contra el uso corriente, ella llevaba un bolso pendiente del hombro izquierdo por una correa, en lugar de cinturón y cartuchera, para los objetos personales. El bolso hacía juego con la ropa.

En torno a su cuello de cisne, lo único descubierto de su cuerpo, aparte de las manos, llevaba una gruesa cadena de oro, de la que pendía un pesado medallón del mismo metal, en el que se veían unas curiosas inscripciones. Un enorme rubí adornaba el centro del medallón y, en la mano izquierda de la joven, podía verse un anillo, con una gema similar.

Las joyas valían una fortuna, pensó Percy, quien calculó a la joven unos veinticuatro o veinticinco años efectivos. Todo ello lo aprecio en cuestión de muy pocos segundos.

—¿Abogado Gates? —preguntó ella.

—Para servirla, señora…

—Señorita —contestó la joven—. Soy Amanda Sullivan y tengo precisión de hablar con usted.

—Ya no es hora de trabajo…

—Por favor —rogó Amanda.

Percy se rindió. Había una cosa a la que era especialmente sensible: los encantos del sexo opuesto.

—Bien, pase, señorita Sullivan.

Condujo a la joven al salón. Amanda paseó la vista en torno suyo y pareció quedar complacida de la decoración.

—Siéntese, señorita. ¿Desea tomar algo? —invitó Percy.

—¿Jerez?

—Lo tengo.

Entregó la copa a Amanda. Ella paladeó el vino con delectación y luego hizo un signo aprobatorio.

—Buen jerez —alabó.

—Gracias, en nombre del cosechero —sonrió Percy—. Y, dígame, ¿en qué puedo servirla, señorita Sullivan?

—Usted es abogado, pero, además, en algunos casos, se dedica también a realizar investigaciones…, digamos confidenciales.

—Sólo en muy contados casos y después de un detenido estudio de cada uno —respondió Percy—. Si el caso no me parece lo suficientemente «limpio», abandono antes de seguir adelante.

—Mi caso es «limpio», abogado —afirmó la joven.

—Bien, expóngalo…, pero de antemano le advierto que, si acepto, la minuta no tendrá nada de económica.

Amanda no pareció inmutarse al oír aquellas palabras. Abrió su bolso y extrajo de su interior un sobre que puso sobre la mesita situada a su derecha.

—Aquí hay diez billetes de a mil megadólares cada uno —manifestó—. Ésta será su recompensa, caso de aceptar, aparte de los gastos, naturalmente.

Percy contuvo un gesto de asombro. Era una suma más que regular.

—Bien, ¿de qué se trata? —preguntó.

—Secuestro, abogado.

Percy se inclinó, tomó el sobre y se lo devolvió a su dueña.

—Llame a la policía; éste no es asunto para mí.

Amanda pareció sentirse defraudada.

—Pero usted me dijo…

—Yo dije que aceptaría si el caso era «limpio». La palabra secuestro indica que alguien ha hecho desaparecer a una persona por medios ilegales. Yo le daré el nombre de un oficial de policía amigo mío y no le cobraré nada por ello; es todo lo que puedo decirle, señorita Sullivan.

—¿Y si le diese veinte mil megadólares?

—Lo siento. La respuesta sería la misma.

Amanda se puso en pie. Era muy alta, casi tanto como él, observó Percy.

—Espero que no tenga que lamentar algún día su negativa —dijo ella—. De todas formas, gracias por haber accedido a recibirme.

—Repito que lo lamento, señorita. Deseo que encuentre pronto a la persona secuestrada. Vaya a ver al capitán Bellón...

—¡No, gracias! —contestó Amanda casi con violencia—. ¡Ya me arreglaré como pueda! ¡Buenas noches, abogado!

—Buenas noches, señorita Sullivan.

Al quedarse solo, Percy se acercó a una de las paredes. Presionó un botón disimulado y un trozo de la misma giró silenciosamente, dejando ver un hueco cubico de unos veinticinco centímetros de lado.

Dentro del hueco había una cámara fotográfica automática, de positivado inmediato. La cámara era accionada por un mando remoto, situado en la parte inferior del brazo de uno de los sillones de la estancia.

Percy extrajo la placa impresionada. Segundos más tarde, tenía en su poder una imagen sorprendentemente fiel, en colores naturales, de Amanda Sullivan.

Había algo que le atraía sobremanera, aparte de la fascinante belleza de la joven. Buscó una lupa de gran aumento y estudió detenidamente las características del medallón.

¿Dónde había visto él antes unas inscripciones semejantes?, se preguntó.

Eran signos gráficos, pero no pertenecían a un idioma terrestre. A Percy le atraía muy poco la Astronáutica y en aquel momento estaba seguro de que los signos pertenecían al lenguaje hablado en un distante planeta.

No le importó demasiado su ignorancia; tenía quien le resolvería sus dudas..., pero al día siguiente; la cosa no era como para molestar a nadie a hora tan avanzada.

Guardó la fotografía y volvió la cámara a su sitio, dejándola de nuevo en condiciones de funcionar. Luego maldijo entre dientes; ya no podría disfrutar de su aventura en el Viejo Oeste americano.

Buscó la consultora de lectura. La máquina le aconsejó para

aquella noche una obra de Freud. Percy envió a la máquina al diablo.

—Me acostaré —se dijo, pero, inexplicablemente, había perdido el sueño.

Hizo otra consulta. Quería saber quién era Amanda Sullivan

La guía automática almacenaba varios millares de Sullivan. ¿Cómo encontrar a Amanda en aquel bosque de apellidos idénticos?

Volvió a maldecir.

—Primero la tontería de Lily... Luego la visita de Amanda...

Sonó el timbre de llamada.

—Está visto que no me van a dejar en paz esta noche —masculló.

Se acercó a la puerta y la abrió. Había dos hombres en el umbral.

Ambos eran relativamente jóvenes y de buena complexión física. Vestían discretamente y no llevaban armas pendientes de su cinturón.

Una cosa le extrañó a Percy: el extraño brillo de sus ojos y los pequeños puntitos luminosos, como motitas de metal, que se veían en sus caras y manos. Pero casi inmediatamente hubo de prestar atención a sus inesperados visitantes.

—¿Abogado Gates? —preguntó uno de ellos.

—Sí, pero es hora de descanso...

—Tenemos necesidad de hablar con usted —dijo el otro individuo.

Percy notó otro detalle: el extraño tono de voz, gruesa, casi como saliendo de un aparato mecánico, e idéntica en ambos individuos.

—Les repito que no recibo para asuntos de trabajo —insistió Percy.

Uno de los hombres alargó la mano y empujó a Percy suavemente.

—Tiene que escucharnos —dijo.

Percy empujó en sentido opuesto. Le pareció que tropezaba con una pared.

El visitante presionó. Percy era hombre de gran robustez, pero creyó que le empujaba un ariete de suave pero irresistible potencia.

Retrocedió media docena de pasos, muy contrariado. Los

hombres entraron; uno de ellos cerró a sus espaldas.

El otro se encaró con Percy.

—Hace poco le ha visitado la señorita Sullivan —dijo.

—No creo que mis visitas les importen mucho —rezongó Percy de mal talante.

—En este caso, sí —manifestó el otro individuo.

—Y le diremos que debe olvidar todo lo hablado con la señorita Sullivan —dijo su compañero.

—O tendrá que lamentarlo profundamente.

Percy se encolerizó.

—¡Les advierto que no tolero amenazas! —exclamó.

Los hombres no parecieron inmutarse por el tono de su voz.

—Sentiríamos tener que causarle algún daño —dijo uno.

—No lo pasaría muy bien —agregó el otro.

—Fíjese en esto, abogado.

—Mire con atención.

Uno de los visitantes cogió una de las copas del parador de los licores. Cerró lentamente la mano.

Cuando la volvió a abrir, un polvo blanquecino cayó al suelo. Percy tragó saliva a su pesar.

El individuo le enseñó la palma de la mano. Debía estar llena de cortes, producidos por la trituración del vidrio…, pero aparecía completamente limpia.

El otro, terminada la anterior exhibición, se acercó a una estantería y eligió un grueso tomo, perteneciente a una enciclopedia. Sin esfuerzo aparente, partió el libraco en dos mitades, que luego dejó caer al suelo con gesto de afectada negligencia.

—Desearíamos que esto fuera suficiente para convencerle —dijo el primero.

—Usted es hombre discreto y sabrá tomar buena nota de esta demostración —agregó el otro.

—Gracias por habernos atendido, abogado Gates

—Buenas noches.

Al quedarse solo, Percy se sentó en una silla.

Las piernas, temblorosas, se negaban a sostenerle en pie.

¿Qué clase de individuos eran aquéllos? ¿Por qué le ordenaban olvidar la entrevista con la hermosa Amanda Sullivan?

Se pasó una mano por la cara, encontrándola húmeda. Con paso vacilante, se acercó al aparador y agarró una botella.

Bebió directamente del gollete. El licor le reanimó un tanto.

Jamás se había visto en una situación semejante. Estaba seguro que aquellos dos individuos eran asesinos a sueldo.

¿De quién?

Imposible responder a esta pregunta.

Aquella noche, apenas pudo dormir. Cuando se despertó, enervado por la mala noche pasada y tras el aseo correspondiente, se dispuso a hacer algo en su bufete.

De pronto, reparó en la fotografía de Amanda Sullivan.

Los desconocidos no la habían visto... o no habían juzgado oportuno llevársela, tal vez por no concederle importancia.

Percy se echó la fotografía al bolso del cinturón. Minutos más tarde, a bordo de su monorrueda, partía a toda velocidad en busca de alguien que podía proporcionarle determinada información. Una información que le aclararía muchas cosas.

III

El doctor Joao Passinta era un reputado historiador y lingüista, de fama mundial. Además era amigo de los padres de Percy.

El doctor Passinta recibió al joven apenas le fue anunciada su visita. Era un hombre de unos ochenta años, que representaba treinta menos, de pequeña estatura, con ojos vivaces y una característica barbita terminada en punta, que le daba el aspecto de un menudo y simpático demonio.

—Pasa, pasa, muchacho —dijo, estrechándole la mano con afecto—. ¿Qué hacen tus padres? ¿Están bien? Hace tiempo que no les veo...

—Andan ahora haciendo un viaje de placer por el IV Sistema de las Pléyades —contestó Percy, sonriendo—. Ya sabe, los retirados no tienen que hacer otra cosa que gastar su pensión.

—Sí, eso es verdad —admitió Passinta—. Ahora que la vida tiene un promedio de siglo y medio, se pagan unos retiros altísimos a los jubilados. De este modo, gastan todo o poco menos, puesto que se encuentran en la plenitud de la vida, el dinero circula y...

Pero me parece que no has venido aquí para hablarme de problemas ajenos. ¿Me engaño?

—No, doctor, en absoluto —respondió el joven—. Quiero hacerle una consulta.

—Bien, dispara. ¿De qué se trata?

—Usted es experto en historia interestelar. Ademas conoce a la perfección los idiomas de media docena de sistemas extraterrestres..., así como sus usos y costumbres.

—Conforme, pero eso no es todo. ¿Por qué no sigues, Percy?

—Sí, doctor. Quisiera que examinara usted esta fotografía y que me diera su opinión.

Percy abrió el bolso y sacó la fotografía, que entregó al historiador. Passinta la contempló un instante y luego emitió un agudo silbido.

—¡Vaya amazona! —exclamó pintorescamente—. ¿De dónde la has sacado?

—Estuvo anoche a visitarme... para un asunto profesional.

Passinta soltó una maliciosa risita.

—Chico, si yo tuviera tus años, mis entrevistas con esa dama iban a tener de todo menos de profesionales. Bueno, es muy guapa, y ¿qué?

—Fíjese en el medallón, por favor —rogó Percy.

El científico se acercó la fotografía a los ojos.

Luego, tras unos momentos de reflexión, buscó una lupa y la interpuso entre su vista y la imagen de Amanda Sullivan.

Percy aguardaba en silencio.

Transcurrió un minuto. Luego Passinta alzó la cabeza y miró al joven.

—Los signos gráficos pertenecen al lenguaje escrito de Kayron, IXo Sistema de Rigel.

—Sí, doctor.

—En cuanto al medallón, es una especie de emblema de categoría ciudadana. En Kayron, por lo que yo sé; todavía hay castas.

—Vaya —resopló Percy.

—Sí, es un sistema bastante cerrado, aunque no hay compartimientos estancos propiamente dichos. Pasar de una categoría inferior a otra superior no es demasiado difícil. Una de las

formas de conseguirlo es mediante el matrimonio… y la ley favorece, cosa rara, en lugar de entorpecer, los enlaces mixtos.

—Parece una ley muy sabia —comentó Percy—. De este modo, andando el tiempo, desaparecerán las castas por sí solas.

—Sobre todo, teniendo en cuenta las nulas diferencias raciales. No es como aquí, en la Tierra…

Percy hizo un signo de impaciencia. Conocía perfectamente lo que sucedía en el planeta al respecto.

—Bien, doctor, lo sé. Ahora dígame: ¿a qué categoría pertenece la chica?

—Por la inscripción del medallón, pertenece a la cuarta categoría, con la indicación de ser hija de terrestre y kayroniana.

—Así se explica el apellido —dijo Percy.

—En efecto. La cuarta categoría es una de las que podríamos llamar relativamente innocuas. No tienen otro papel definido… que el de futuras esposas y madres, aunque ciertamente hayan recibido una educación que podríamos llamar de cultura general.

—O sea que la chica no es científico, ni burócrata ni artista…

—No, sólo es una hermosa mujer —sonrió Passinta.

Percy recobró la fotografía.

—Gracias, doctor —dijo—. Eso es todo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó el historiador.

—Encontrar a la chica, por supuesto —contestó Percy resueltamente.

—Si quieres conseguirlo, te daré un buen consejo.

—Se lo agradeceré, doctor.

—Ve a la embajada de Kayron. Allí tienen el registro de los matrimonios mixtos entre terrestres y kayronianos.

Percy sonrió.

—Me gustaría poderle dar un beso en el cogote —dijo alegremente.

—Tú no eres Amanda Sullivan —contestó el historiador.

Percy salió a la calle.

Respiró a pleno pulmón la atmósfera limpia y transparente de la ciudad. Desaparecidos dos siglos antes los pestíferos motores a combustión, la atmósfera del globo ya no corría peligro de transformarse en una masa gaseosa de mortal óxido de carbono.

Los monorruedas iban y venían veloces por los distintos niveles

de las calles, que se entrecruzaban como gigantescos hilos de araña, de entramado aparentemente enloquecedor. Los edificios, altísimos, brillaban al cálido sol de la mañana.

Percy se sintió extrañamente contento. La entrevista con el doctor Passinta no había podido ser más fructífera.

Estaba seguro de encontrar a Amanda.

La joven le agradaba. Además ahora quería ayudarla..., quizá por sentirse espoleado a causa de la visita de los dos individuos.

—¡Vaya, hombre —se dijo—; no faltaría sino que dos pistoleros baratos vinieran a darme normas de conducta!

Entró en el monorrueda y puso en funcionamiento la consultora de establecimientos y elementos oficiales. Marcó «embajada de Kayron» y aguardó unos segundos.

La respuesta llegó al medio minuto, en una pantalla de forma alargada:

—Perspectiva 140, VIIo Nivel, número 70.

Percy silbó. El número tan bajo le indicó que era un edificio aislado.

—Debe de costarles una fortuna el alquiler —se dijo.

A la derecha de la consultora tenía una especie de máquina de escribir. Era la programadora de rutas.

Tecleó rápidamente los datos recibidos. Al cabo de unos segundos, se encendió una luz verde en el tablero.

Los mecanismos automáticos habían recibido ya las instrucciones pertinentes, acerca de la ruta a seguir. Un reloj, conectado con los mismos, indicaba la hora, lo que señalaba la densidad del tráfico en el momento de marcar el punto de destino. La computadora de velocidad recibía todos los datos, hacía los cálculos correspondientes en cuestión de segundos y establecía la que debía observar el vehículo en su desplazamiento.

Una vez vio la luz verde, Percy pulsó el botón de arranque. El monorrueda se puso en movimiento, aceleró y, poco después, marchaba a setenta por hora.

El aparato siguió el camino por sí mismo, cambiando de nivel cuando la ocasión lo requería, pero siempre en sentido ascendente. Media hora más tarde, Percy estaba a unos doscientos metros sobre el nivel del suelo —entre nivel y nivel había una distancia aproximada de treinta metros— y a las puertas de la embajada de

Kayron.

El edificio estaba aislado del resto de las otras construcciones, por un extenso jardín, cuya capa vegetal descansaba sobre una sólida terraza de varios miles de metros cuadrados. Sorprendía ver aquel parque a doscientos metros de la superficie.

La bandera de Kayron ondeaba sobre la puerta de la embajada. Rojo, amarillo y plata eran sus colores. En el ángulo superior izquierdo se veía el animal heráldico del Sistema: el león tricéfalo, en oro, sobre un círculo azul.

Percy fue de secretario en secretario, hasta llegar a una atildada kayroniana, encargada del negociado que le interesaba. Expuso sus deseos y la chica empezó a consultar por telemando un fichero.

Al cabo de unos minutos, Percy tenía la respuesta:

—Amanda Sullivan, de planetalidad kayroniana, residente en la Encrucijada Ochenta, Décimo Nivel, número 1200.

—Así que la señorita Sullivan es kayroniana.

—Ciertamente, puesto que nació allí, abogado Giles.

—Entiendo. Por favor, ¿puede darme algunos datos de su padre?

A Percy le interesaba el padre de Amanda, como nativo de la Tierra.

Esperó cinco minutos. Luego la secretaria, tras consultar la respuesta de la máquina, dijo:

—Harry Sullivan, setenta y cinco años, terrestre, doctor en medicina, biólogo, investigador. Es todo lo que puedo decirle, abogado.

—Suficiente, señorita —sonrió Percy—. Buenos días.

Momentos más tarde, montaba en el monorrueda. Tras programar el nuevo rumbo, emprendió viaje hacia la casa de Amanda.

Le costó casi una hora; la Encrucijada Ochenta estaba en el extremo opuesto de la ciudad y en el nivel más alto.

En aquel lugar, se cruzaban numerosos niveles. Percy descendió del vehículo y entró en el número mil doscientos.

Un conserje le atendió amablemente. A las preguntas del joven, expuso una respuesta poco satisfactoria:

—La señorita Sullivan se ausentó esta mañana. Dijo que estaría fuera unos días, pero no indicó dónde.

Percy se mordió los labios, contrariado.

—¿Sabe si salió sola? —inquirió.

—Cuando me dio el recado, iba sola, señor.

—Gracias… ¡Ah, otra pregunta! ¿Sabe si está en casa el doctor Sullivan?

—Se marchó hace algunas semanas, señor.

—¿Dijo adónde iba?

—Lo siento, señor; el doctor Sullivan…

Percy hizo un gesto con la mano.

—Está bien, muchas gracias, amigo. —Dio dos megadólares de propina al servicial conserje y salió a la calle.

—Bueno —se dijo, resignado—; he perdido la mañana, eso es todo.

Pero, de pronto, se le ocurrió una idea y entró de nuevo en el edificio.

Entregó una tarjeta al conserje.

—Cuando vuelva la señorita Sullivan, dígale que se ponga inmediatamente en contacto conmigo.

—Así lo haré, señor.

—Dígale también que… acepto la defensa de su caso. ¿Se acordará?

—Por supuesto, señor; no es un mensaje difícil de recordar —sonrió el conserje.

Algo más tranquilo, Percy regresó a su casa. Tenía trabajo atrasado y era preciso ponerlo al día.

A partir de entonces, transcurrió una semana.

Percy, absorbido en su trabajo, empezó a olvidarse de Amanda Sullivan. A fin de cuentas, se dijo, no podía estar eternamente pendiente de ella.

Siete u ocho días después, cuando Percy había dado por terminada su jornada, recibió una llamada.

Para aquella noche había programado una película de tema africano: leones, búfalos, gacelas, negros salvajes… y el correspondiente «safari». El sería el protagonista, por supuesto, y salvaría a la hermosa joven blanca prisionera en poder de la tribu de antropófagos, que la consideraban su diosa.

El ligero tañido de llamada del visófono empezó a decirle que sus planes corrían peligro. Pulsó la palanquita de comunicación y unos segundos después veía en la pantalla el hermoso rostro de Lily

Downey.

—Hola, Percy —saludó la morenita con voz llena de insinuantes promesas.

—¿Qué tal, Lily? Sigues tan guapa como siempre, observo —contestó el joven galantemente—. ¿Aún estas enfadada conmigo?

—¡Qué tonto eres! Aquello ya pasó, Percy. Dime, ¿te gustaría cenar conmigo en mi departamento?

Percy vaciló.

¿Y si durante la fiesta llamaba Amanda Sullivan?

Al diablo con la hermosa kayroniana! No iba a estar esperándola toda la vida.

—Acepto con muchísimo gusto, Lily —respondió.

IV

Lily abrió la puerta. Percy la encontró hermosa como nunca.

Era de mediana estatura, pero los tacones que usaba elevaban el nivel de su frente a diez centímetros sobre lo ordinario. Lily vestía un ceñidísimo traje de tejido de oro, de una sola pieza, que moldeaba a la perfección las espléndidas líneas de su silueta.

El traje tenía un atractivo singular: dejaba los hombros y los brazos al descubierto; la espalda quedaba al aire hasta la cintura.

Percy silbó.

—Pareces una aparición —alabó.

—Gracias —contestó Lily con hechicera sonrisa. Se colgó de su brazo—. Entra, ¿quieres? —invitó.

—Para eso he venido, preciosa. No sabes cuánto me alegro que ya no estés enfadada conmigo.

—Eso ya no tiene importancia —rió Lily—. A fin de cuentas, lo conseguí.

—Lo conseguiste…, ¿qué? —preguntó Percy, lleno de perplejidad.

—Convertirme en un robot. ¿Quieres un martini?

Lily se movió por la estancia para preparar los combinados. Percy guardaba silencio.

¿Bromeaba la chica o su mente se había reblandecido?

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —pregunto afectando

naturalidad.

—Oh, por ahí —respondió Lily ambiguamente.

Se acercó a él, con dos copas en la mano, y le entregó una.

—Por nosotros —dijo, con voz insinuante. Percy bebió lentamente. Tenía la vista fija en los ojos de Lily.

¿Dónde había visto antes unas pupilas parecidas?

¿Y aquellas minúsculas motitas brillantes en la piel del audaz escote y en los brazos?

Algunas mujeres, para agradar más a los hombres, se espolvoreaban oro o plata molidos en la epidermis.

Que él recordase, sin embargo, era la primera vez que Lily recurría a semejante artificio.

Súbitamente, un chispazo iluminó su cerebro.

¡Los visitantes desconocidos!

Las pupilas de Lily y el tono de su epidermis eran idénticos a los de aquellos hercúleos individuos que tan mal rato le habían hecho pasar.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella—. Te veo muy pensativo...

Percy sacudió la cabeza.

—Me tienes deslumbrado —forzó una sonrisa.

—Pues soy la misma..., bueno, un robot. Pero con un tipo estupendo, ¿verdad?

—Claro, claro —contestó él—. Así que un robot. ¿Me dejas comprobarlo?

—Hazlo —susurró ella.

Percy dejó la copa y la abrazó.

Sin saber por qué, sintió miedo.

La piel de Lily estaba muy fría. Además tenía muy poca elasticidad.

Besó sus labios por pura fórmula. También estaban helados.

Su pecho, sin embargo, palpitaba con violencia. Percy podía sentir la presión de sus senos.

El beso terminó. Lily le miró, risueña.

—Maravilloso —dijo.

—Sí, en efecto; nadie diría que eres un robot. ¿También te han conferido la inmortalidad?

—También.

Hubo un momento de silencio. Percy sintió deseos de llamar a

un psiquiatra.

—Vamos a cenar —dijo ella.

Percy notó otro detalle. La voz de Lily parecía algo más gruesa, menos femenina que de costumbre.

Sin saber por qué, empezó a sentir miedo. De buena gana, hubiera echado a correr, pero un resto de dignidad le hizo quedarse.

—Siéntate —dijo ella—. Serviré el primer plato dentro de unos instantes.

Percy tomó asiento. La mesa estaba ya preparada. Observó a Lily mientras se dirigía hacia la cocina.

Sus movimientos eran lentos, pero no ondulantes sino más bien rígidos. «Sólo faltaría que tuviese reúma y no lo sepa», se dijo.

Había una botella de vino sobre la mesa. Se sirvió una copa.

Lily salió minutos después, con la sopera en las manos. Quitó la tapadera y empezó a servir.

Percy se dio cuenta de que el número de puntos brillantes en la epidermis de Lily parecía haber aumentado. A veces, según se mirase, había zonas enteras que parecían de metal pulido y brillante.

Ella no parecía haberse dado cuenta de nada, aunque sus movimientos distaban mucho de ser fáciles.

—¿Tienes reúma? —preguntó él de pronto.

—¿Reúma? ¡Oh, qué gracia! —dijo Lily, riendo—. Nada de eso, querido. Precisamente me siento mejor que nunca.

—Sobre todo, sabiendo que eres inmortal.

—Pues así es, aunque no te lo creas, señor escéptico.

—Bien, te felicito. Y, dime, ¿dónde te han conferido esa maravillosa cualidad?

—Ah, tú también quieres ser inmortal, ¿eh? Lo siento, Percy, pero, en ese caso, tendrás que contestar personalmente al anuncio, como lo hice yo.

—Y vinieron a buscarte a tu casa.

Lily calló.

—¿No me dices nada? —preguntó Percy.

—¿Quieres más sopa? —dijo ella, desviando la conversación.

El joven empezaba a amoscarse. ¿Por qué se mostraba Lily tan reticente acerca del lugar donde había pasado los últimos días?

—No, ya he tomado bastante —contestó, disimulando su mal humor.

—Entonces ¿una copa de vino?

—Bueno.

Lily llenó las copas. Tomó la suya y elevó el brazo.

¡Ñaaaac....!

Percy tenía la copa junto a los labios y pegó un respingo al oír aquel gañido, enteramente similar al de una bisagra mal engrasada.

Miró a Lily; la joven no parecía haberse dado por enterada del extraño sonido que, Percy estaba seguro de ello..., ¡había brotado de su cuerpo!

Observó a la joven. Lily bebió con singular lentitud.

Bajar la copa de su boca a la mesa le costó un tiempo que a Percy se le antojó interminable.

—Voy a traer el segundo plato —dijo Lily, tras haber apartado la sopera a un lado.

Su voz era extrañamente gruesa y pronunciaba las sílabas con enorme lentitud. Percy empezó a alarmarse.

—Lily, tú no estás bien —dijo—. Tengo que avisar a un médico...

—¡Qué... ton... te... ría...! ¡Me... en... cuen... tro... per... fec... ta... men... te...!

El joven se aterró.

La epidermis de Lily había tomado un color casi enteramente metálico.

Muy pocas zonas conservaban su tono primitivo. La cara parecía cubierta por un antifaz entero de plata.

Y su voz... y su dificultad en hablar...

Lo peor de todo era que ella no parecía darse cuenta de nada.

Se puso en pie de un salto.

—¡Lily, voy a llevarte a un médico! —insistió.

Ella se levantó también, aunque con movimientos todavía más torpes que en anteriores ocasiones.

—No... se... as... es... tú... pi... do... No... hay... mo... ti... vos... pa... ra... sen... tir... a... lar... ma...

Giró hacia su izquierda y empezó a andar.

Percy la contempló fascinado. Lily parecía moverse como si estuviera en una película tomada con cámara lenta.

Súbitamente, se oyeron tres o cuatro aterradores gañidos.

¡Ñaaac...! ¡Ñaaaac...! ¡Ñaaaac...!

Lily lanzó un grito aterrador.

—¡Percy...!

El grito se convirtió de repente en un horrible chasquido. Lily detuvo su caminar, un pie delante, el otro detrás y las extremidades superiores en la posición de un braceo natural, poco señalado, sin embargo.

Percy se acercó a ella de un salto y la agarró por un brazo.

—¡Lily! ¿Qué te sucede?

Ella no contestó. Percy agarró uno de sus brazos y lo soltó como si se hubiera tratado de una serpiente venenosa.

¡Allí no había carne, sólo metal!

Aterrado, Percy se situó frente a la joven.

Ya no cabía la menor duda; Lily se había convertido en una estatua de metal.

Sus ojos carecían de expresión y los labios habían perdido el color natural. Aparte del color del vestido, sólo se veía el tono plateado de la estatua metálica que era Lily ahora.

Su pecho había dejado de moverse. Ya no respiraba.

Percy quiso hacer una prueba. Cogió un cuchillo y golpeó ligeramente uno de los brazos de la joven.

¡Nang!

Se oyó un sonido armonioso, aunque de tonos graves. El cuchillo cayó al suelo; Percy había abierto maquinalmente los dedos, aterrado por el horrible suceso que acababa de presenciar.

Fue a la mesa y se sirvió una copa de vino, que despachó de un solo trago. Haciendo un esfuerzo, volvió a mirar a Lily.

¿Qué horrible enfermedad había contraído? ¿Por qué, en tan pocos momentos, se había convertido en una estatua de metal?

—Un médico... —murmuró—. ¡No, esto es cosa de la policía!

Y se precipitó hacia el visófono.

Instantes después, estaba en comunicación con la Central de Policía.

—Soy el abogado Percy Gates. Hagan el favor de buscar al capitán Bellón dondequiera que esté...

* * *

Sonó el «ding-dong» de llamada. Percy se puso en pie de un salto.

—Ya era hora.

Abrió la puerta. Su amigo estaba en el umbral, acompañado de dos agentes uniformados.

—Supongo que no me habrás sacado de la cama para una tontería —dijo el capitán Bellón con severo acento.

—Será mejor que entres, Ángel —contestó Percy—. Ah, por favor, di a tus hombres que esperen en la puerta.

—Está bien. —Bellón hizo un gesto con la mano. Luego cruzó el umbral y cerró la puerta—. ¡Vaya fiestecita!, ¿eh? —comentó jocosamente—. ¿Y la dama, Percy?

—La tienes ahí, delante de tus ojos —contestó el joven, señalando hacia la estatua de metal.

—Bonito ornamento —dijo el policía—. ¿Plata?

—No lo sé, eso parece… pero esta noche, cuando nos sentamos a cenar, era una mujer de carne y hueso.

Bellón miró a su amigo con desconfianza.

—¿Cuántas copas de más tienes en el buche? —preguntó. Luego dio un pequeño rodeo y se situó frente a Lily—. El tipo que esculpió el molde era todo un artista, Percy.

—No ha habido escultor. Te digo que hoy, a las ocho, era tan humana como lo somos tú y yo.

—¿De qué me estás hablando? —Bellón tocó con los nudillos uno de los hombros de Lily, arrancándole un sonido musical—. Esto es una estatua de metal, plata, posiblemente…

Contempló la cara de Lily durante unos instantes. Percy estaba llenando dos copas.

—A esta chica la conozco yo —dijo—. Oye, ¿no es la que te llenó de helado hace unos días?

—¿La recuerdas?

—Ah, sí, creo que era a causa de cierto anuncio remitido por correo.

—En efecto. Ella dijo que contestaría afirmativamente. Ha estado ausente una semana. Hoy regresó y me invitó a cenar. Puesto que no tenía nada que hacer, acepté. Vine, empezamos a cenar… y luego, en media hora, se transformó en esa estatua que tienes

delante de los ojos.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Bellón dijo:

—Percy, me gustaría que jurases que no me estás mintiendo.

—Te lo juraré con la mano sobre una pila de Biblias, si así lo deseas.

—Bueno, entonces… —Bellón se frotó la mandíbula—. ¡Diablos, no lo entiendo! ¡Es imposible que una persona se convierta de repente en una estatua de metal!

—Tienes la prueba delante de tus ojos —replicó Percy fríamente.

Bellón dio una vuelta en torno a la estatua.

—¿Y dices que ella te expuso sus propósitos de contestar al anuncio?

—Sí, Ángel.

—Está bien, te concederé una opción de crédito. Cuéntamelo todo detalladamente, por favor.

V

Percy estuvo hablando largo y tendido durante un buen rato, sin que su amigo le interrumpiese. Narró detalladamente lo sucedido desde el instante en que puso el pie en el departamento de Lily y luego le citó la visita de Amanda Sullivan, así como la de los dos desconocidos, que le habían amenazado.

—Puede que esto no tenga nada que ver con lo ocurrido a Lily Downey, pero creo que debes saberlo —concluyó.

Bellón asintió.

—Así que hay un secuestro y dos desconocidos te intimaron a que no hicieses nada en favor de Amanda Sullivan.

—En efecto. Pero yo no les hice caso y, al día siguiente, fui a buscarla… Bueno, ya sabes los pasos que di al respecto.

Bellón volvió a mover la cabeza.

—No sé qué decirte —contestó—. Uno, en su profesión, está preparado para enfrentarse con muchas cosas, pero no con una estatua de metal que hace unas horas tan sólo era una hermosa mujer… ¿No habrá contraído una rara enfermedad epidérmica que, sin alterar su organismo salvo en la superficie, la haya sumido en estado cataléptico?

—En la policía tenéis buenos médicos. ¿Por qué no te la llevas para examinarla?

—No es mala idea —aprobó Bellón—. Salvo que la dueña de la casa tenga algo que objetar.

—Lily no está ahora en condiciones de objetar nada. Yo te doy el permiso para que te la lleves.

—Está bien.

Bellón se dirigió hacia la puerta y la abrió.

—Pasen —ordenó.

Los dos policías entraron. El oficial les señaló la estatua.

—Tenemos que llevárnosla —indicó.

—Bien, señor.

Los agentes se acercaron a la estatua y la cogieron por los lados. Pero no consiguieron moverla ni un solo centímetro.

—¡Diablos, señor; pesa terriblemente! —exclamó uno de los agentes.

—¿Cómo? —respingó el oficial.

—Sí, señor —dijo el otro policía—; no hay manera de moverla.

Bellón miró a su amigo.

—¿Estás seguro de que...?

Percy movió la cabeza de arriba a abajo.

—Sí, Ángel, estoy seguro. Pero, si es todo metal, su peso se habrá multiplicado varias veces... Sólo con que fuera de hierro, la densidad habría aumentado más de siete veces. El cuerpo humano, tú lo sabes, tiene una densidad aproximadamente igual a la del agua.

Bellón asintió.

—Esta chica debía de pesar unos cincuenta y cinco kilos —estimó—. De modo que ahora pesa siete u ocho veces más..., lo que da un total de unos cuatrocientos kilos, en cifras redondas.

—Por lo menos.

—Se comprende que no puedan levantarla dos hombres —dijo el oficial de policía—. Vamos a tener que usar una grúa —añadió.

—Exactamente eso es lo que pienso yo —convino Percy tristemente.

* * *

El timbre del visófono despertó a Percy Gates del agitado sueño en que se debatía, atacado furiosamente por un ejército de estatuas de plata. Movió la lengua en el paladar, buscando un poco de saliva para su boca reseca y luego, torpemente, se puso en pie.

Salió del dormitorio y puso en contacto el visófono. La cara de Ángel Bellón apareció instantes después en la pantalla.

—Hola —dijo estropajosamente.

—Tengo noticias para ti, Percy.

—Habla, por favor.

—Los médicos han estado examinando la estatua.

—¿Y...?

—Es de metal puro, con una gran preponderancia de la plata. El examen radioscópico es contundente.

—Bueno, eso demuestra...

—Eso demuestra que en la casa donde estuviste cenando había una estatua que hemos de devolver al inquilino —dijo Bellón secamente.

—Así que no me crees, ¿eh?

—Seamos francos, Percy: no. Lo siento, pero yo me atengo a los hechos.

—Muy bien, entonces, hagamos una cosa. Busca a Lily Downey. Ella es la inquilina. Yo, como amigo suyo, te denuncio oficialmente su desaparición.

Bellón torció el gesto.

—No me metas en líos, Percy —gruñó.

—La denuncia es oficial —insistió el joven—. Si tú declaras que la estatua no es Lily Downey, entonces búscala a ella... bueno, pasa la denuncia a la Brigada de «Personas Desaparecidas».

Bellón dudó un momento.

—Mira —dijo al cabo—, yo llevaré la estatua de nuevo a donde la encontré. Después... a fin de cuentas somos amigos; haré lo que pueda. ¿Te parece bien?

Percy sonrió.

—Gracias, Ángel —contestó.

—Ah —dijo el policía—. Tengo que decirte algo que quizá te interese. Es relativo al profesor Sullivan.

—¿Sí? ¿Qué hay, Ángel?

—Parece que, en efecto, ha desaparecido. Pero todavía hay más.

Hemos logrado averiguar que, en los últimos tiempos, estaba haciendo unas investigaciones más bien raras.

—¿Qué clase de investigaciones, Ángel?

—Pues... reforzamiento de las células de organismos vivientes por medio de... por medio de incrustaciones de metal o algo por el estilo... No sé explicarme muy bien, pero, en el fondo, eso es lo que hacía.

Percy se quedó muy pensativo.

—¿Quieres decir que ponía moléculas de metal en las células humanas?

—Más o menos —contestó el policía—. Bueno, tengo trabajo...

—¡Oye —gritó Percy—, no dejes de hacer pesquisas acerca del anuncio!

—Ya tengo a un par de sabuesos tras esa pista —dijo Bellón—. Apenas sepan algo, te lo comunicaré.

Percy cerró el contacto, muy pensativo.

Caminó lentamente hacia el cuarto de baño. ¿Tenía alguna relación el padre de Amanda con aquel misterioso fenómeno?

Media hora después, vestido y aseado y en mejor estado físico, aunque no mental, se dispuso a desayunar. Entonces llamaron a la puerta.

Abrió. Había presentido la identidad de su visitante.

No se engañaba, era Amanda.

—¿Puedo pasar? —preguntó la joven.

—Ésta es su casa —contestó Percy sencillamente.

Amanda cruzó el umbral. Su indumentaria era análoga a la de la última vez.

—Iba a desayunar. ¿Quiere acompañarme? —propuso el joven.

—Tomaré una taza de café, gracias —contestó ella, aceptando la silla que le ofrecía Percy.

Durante unos momentos, guardaron silencio. Sólo cuando Amanda hubo terminado su taza de café se decidió a romperlo.

—Supongo que se habrá imaginado por qué he venido a verle —dijo.

—Lo sé perfectamente. ¿Todavía no sabe nada de su padre?

—Me imagino con quién está, pero no dónde está —respondió la joven.

—Hable, por favor.

—¿Ha oído hablar alguna vez del doctor Stagnssen?

—Confieso mi ignorancia al respecto, señorita.

—Es un científico poco conocido, pero de grandes dotes en su especialidad.

—¿Cuál es esa especialidad?

—Cibernética.

—Ah, constructor de robots.

—Así podría denominarse, pero, además, es un reputado biólogo.

—¿Y es Stagnssen el que ha ordenado el secuestro de su padre?

—Sí, estoy segura de ello.

Percy se sirvió una segunda taza de café.

—¿Con qué objeto? —preguntó.

—Resulta lógico que Stagnssen, como muchos otros científicos, estuviese enterado de los experimentos de mi padre. Ya le había propuesto unirse a él, pero mi padre se negó.

—¿Por qué?

—Le conocía. Stagnssen carece de moralidad profesional.

—Entiendo. Y usted cree que es el autor del secuestro.

—Lo es —afirmó Amanda—. Pero no sé dónde está.

Percy se frotó la mandíbula.

—¿Sabe usted el asunto de los anuncios que prometían la inmortalidad al que se convirtiera en un robot?

—Estoy enterada de ello. Yo misma recibí uno de dichos anuncios.

—Pero no contestó.

—Alcanzar la inmortalidad, convirtiéndose en un robot es tanto como alcanzar la inmortalidad de una máquina.

—Una respuesta muy sensata —aprobó Percy—. Pero no todo el mundo piensa como usted.

—¿Cómo lo sabe?

—Ayer, a las ocho de la noche, vi…

Percy habló durante unos minutos. Al terminar, observó que Amanda parecía sumamente agitada.

—¡Dios mío! ¡Tiene que ser Stagnssen, no puede tratarse de otro! —exclamó.

—Ayudado, quizá por su padre.

—Pero, en todo caso, mi padre habrá obrado forzadamente.

—No hay motivos para dudar de que así haya sido. Dígame, señorita Sullivan, ¿qué beneficios o ventajas esperaba obtener su padre de la transformación de las células en metal?

—No era transformación, sino reforzamiento..., una prolongación de su vida y, por tanto, de la vida humana. Pero no hasta el extremo de conseguir la inmortalidad.

—Entiendo.

—Mi padre confiaba en alargar treinta o cuarenta años más el promedio de la vida humana —expresó Amanda—. Por otra parte, trabajaba también en digamos el endurecimiento de las células epiteliales, endurecimiento que sería pasajero, puesto que sólo duraría unas horas, nunca más de diez o doce, según la dosis aplicada.

—Y ello, ¿con qué objeto?

—El cuerpo humano quedaría convertido en una armadura durante ese período de tiempo. Por lo tanto, los trajes de vacío resultarían innecesarios.

—¡Cáscaras! —respingó Percy.

Amanda sonrió de mala gana.

—Sus investigaciones iban por buen camino..., pero ahora, hallándose en poder de Stagnssen, no sé qué sucederá.

—Yo sí, puesto que vi un ejemplo personalmente. Y no resultó nada agradable —se estremeció Percy.

Tras una corta pausa, continuó—: Hablemos ahora del secuestro.

—Sí, señor Gates.

—Dígame, ¿cómo puede saber que su padre está con Stagnssen?

Amanda se mordió los labios.

—Hace varias semanas, salió de casa, según dijo, para asistir a una conferencia de dermatólogos. Tendría que estar ausente seis o siete días, cuando más, pero, al pasar dos semanas sin noticias suyas, empecé a alarmarme.

»Me puse en contacto con la secretaria de dicha conferencia, en donde me informaron que mi padre había sido visto los dos primeros días, pero que ya no había asistido al resto de las sesiones. Al parecer, había dejado una nota diciendo que urgentes ocupaciones le obligaban a ausentarse, pero sin manifestar su nuevo punto de destino. Ello me preocupó considerablemente, como puede comprender.

»Investigué personalmente en otros sitios, con resultados negativos. Mi padre es un poco raro y no es la primera vez que se ausenta durante algún tiempo sin dejar indicaciones acerca de su paradero. A fin de no molestarle, esperé un poco más.

»Cuando vi que los días seguían pasando y él no daba aún señales de vida, entonces sentí verdadera alarma. El mismo día que vine a verle a usted por primera vez, encontré en su despacho el programa de la conferencia. Una de las sesiones de trabajo debía estar dirigida por Stagnssen. Empecé a sospechar algo… y una nueva investigación me hizo saber que mi padre y Stagnssen habían desaparecido el mismo día. Eso es todo, señor Gates.

Percy había escuchado atentamente a la joven, sin interrumpirla ni una sola vez. Una vez hubo terminado Amanda su relato, dijo:

—Todo no, señorita Sullivan. Me falta saber qué ha hecho durante este tiempo. Han pasado más de siete días desde la primera vez que se dirigió a mí, ¿lo recuerda?

Amanda hizo un signo de asentimiento.

—Sí —contestó—. He estado escondida. También yo fui objeto de un intento de rapto, pero pude escapar. Al fin, no pudiendo resistir más, he acudido de nuevo a verle. ¿Me ayudará?

Percy asintió.

—Tengo motivos para ayudarla —dijo—. Creo que, en parte, conozco los proyectos de Stagnssen, pero me parece que algo le ha salido mal. A él o a su padre… o a los dos.

—¿Qué es lo que quiere decir? —se extrañó la joven.

—Por lo visto, la fórmula de su padre endurece el tejido epitelial, pero, hablando en forma vulgar y corriente, se le ha ido la mano. Yo mismo, he sido testigo de un caso en donde no sólo se ha endurecido la epidermis, sino todo el organismo humano. Ya se lo he dicho antes, he visto a una mujer, en cuestión de segundos, convertirse en una estatua de metal.

Amanda se llenó de pesadumbre.

—¡Dios mío! —se aterró—. ¿Qué podemos hacer?

Percy movió la cabeza ambiguamente. Antes de que pudiera hablar, sonó el timbre de la puerta.

VI

Percy se puso en pie, cruzó la habitación y atisbo a través de la pequeña pantalla de televisión que servía de mirilla.

Inmediatamente, se volvió hacia la muchacha.

—¿Está segura de no haber sido vigilada?

—Me parece que no… —respondió Amanda, pero su voz era insegura.

Percy movió la cabeza.

—Temo que vamos a tener complicaciones —dijo. Y corrió hacia su cuarto, mientras el timbre de llamada sonaba de nuevo.

Amanda se puso en pie, vivamente alarmada ante la actitud del joven. Percy salió, con un rollo de cable conductor en las manos.

—El otro día recibí una visita, nada agradable por cierto —murmuró—. En vista de ello, he juzgado interesante estar preparado. Váyase al extremo opuesto, por favor.

Amanda obedeció, sin comprender muy bien las intenciones de Percy. En aquel instante, se oyó un tremendo crujido.

Un puño abrió un boquete en la puerta. Una mano entró a través del orificio y descorrió el cerrojo.

Percy esperó a pie firme, situado en el centro de la estancia, con las manos a la espalda. Dos hombres entraron inmediatamente.

Los reconoció en el acto: eran los mismos que le habían amenazado.

—Lamento que no haya querido abrirnos —dijo uno de ellos.

—Sentimos mucho los daños ocasionados —agregó el otro.

Sus voces eran densas, metálicas. No había expresión en sus rostros.

—Venimos a llevarnos a la señorita Sullivan —manifestó el primero.

—¿Con su padre? —preguntó Percy.

—Eso no le importa, abogado.

Percy movió la cabeza.

—Lamento tener que decirles que la señorita Sullivan está bajo mi protección —respondió—. Y si no quieren tener cuentas con la policía, lo mejor será que digan inmediatamente dónde se encuentra el doctor Sullivan.

Los individuos avanzaron hacia él.

—Es una lástima que no se avenga a razones —dijo uno.

—¡Quietos ahí!

La voz de Percy sonó con timbre lleno de energía. Los dos desconocidos se detuvieron un instante.

—Tengo que advertirles una cosa: han entrado en mi casa sin permiso y con violencia —dijo el joven serenamente—. Por lo tanto, tengo derecho a defenderme y a defender a mis huéspedes de la forma más conveniente para mis intereses. No me haré responsable de los daños que pueda ocasionarles. Los dos sujetos cruzaron una mirada de ironía. Luego, a una, reanudaron su avance.

Entonces, Percy sacó de detrás el extremo del cable conductor y lo arrojó a la cara del sujeto más cercano.

Los dos hilos del cable habían perdido en sus extremos la protección aislante, con lo que el cobre quedaba al descubierto. El hombre quiso retroceder, pero ya era tarde.

Hubo un relámpago deslumbrador, se oyó un seco chispazo y el individuo cayó al suelo, fulminado.

El otro no pareció impresionarse mucho por lo que le había sucedido a su compañero y se arrojó hacia Percy.

Sus movimientos, sin embargo, eran muy lentos. Percy tuvo tiempo de recoger el cable y agitarlo a manera de látigo.

De nuevo se produjo el relámpago y el chispazo. El hombre se desplomó instantáneamente.

—¿Qué ha pasado? —gritó Amanda.

Percy se volvió hacia ella.

—Lo siento, pero me parece que han muerto —respondió.

—¿Electrocutados?

Percy movió la cabeza afirmativamente.

—Tienen el cuerpo lleno de metal —dijo—. Por eso se me ocurrió la idea del cable conectado a la corriente eléctrica. A una persona normal, apenas si le causaría daños… pero cuando un ser humano tiene en su organismo una elevada dosis de metal, su conductibilidad aumenta de un modo extraordinario. Es lo mismo que cuando una persona está en la bañera y, de manera inadvertida, se produce un contacto.

—Comprendo. Esa persona queda electrocutada en el acto.

—Así es —dijo Percy—. Lamento haber tenido que hacerlo, pero no me cabía otro recurso, vistas sus intenciones nada amistosas.

Volvió a su cuarto y desconectó el cable. Luego regresó y cerró

la puerta.

Se arrodilló al lado de los caídos y registró sus ropas. Amanda se había recobrado en parte.

—Nada —dijo Percy al cabo de unos minutos—; no llevan encima el menor dato que pueda sugerirnos el lugar donde está su padre.

—¿Cree que trabajan para Stagnssen?

—Estoy seguro de ello, puesto que venían a buscarla a usted. ¿Acaso ayudaba a su padre en sus experimentos?

—No, en absoluto; ni siquiera le servía de secretaria.

—Claro, pertenece a la cuarta categoría kayroniana, ¿no?

—¿Cómo lo sabe usted? —se sorprendió Amanda.

—Estuve investigando —respondió él sobriamente—. Bien, esto ya es cosa de la policía. —Meneó la cabeza—. Y pensar que tal vez estos dos hombres fueron personas decentes...

—¿Quiere decir que obedecían ciegamente las órdenes de Stagnssen, como... como si fueran unas máquinas?

Percy asintió.

—Exactamente —contestó—. De una manera que desconocemos, Stagnssen sometió a estos dos hombres a su voluntad, convirtiéndolos en dos robots vivientes.

Se acercó al visófono y marcó el número de la Central.

—Con el capitán Bellón, por favor —pidió.

* * *

El hombre caminaba por la calle con paso aparentemente tranquilo, sin prisas. Su aspecto era enteramente normal, a excepción de un raro brillo en sus facciones y sus manos, lo único descubierto de su cuerpo.

—¡Andrés! ¿Cuánto tiempo sin verte? —exclamó—. ¿Dónde te has metido?

—Hola, Jack —contestó el primero—. He estado fuera... sometiéndome a un tratamiento... médico.

—Vaya —comentó su amigo—, pues no parece que te haya sentado demasiado bien. Te encuentro torpe y hasta tu voz no parece la misma.

—Estoy muy bien, Jack. Debieras haber hecho lo mismo que yo.

¿No recuerdas el anuncio que recibimos por correo?

—¿Te refieres a aquella tontería de convertirse uno en un robot y alcanzar la inmortalidad? Pero, ¿cómo pudiste creer semejante insensatez, Andrés?

—No es... ninguna insensatez, Jack. Ahora... soy un robot... Tengo cubiertas mis necesidades... y he alcanzado... la inmorta... lidad...

Jack Rogers miró a su amigo de soslayo. Empezaba a dudar de la estabilidad mental de Andrés Fleury. «Lástima, lo siento por su esposa», se dijo.

—Bueno, bueno, si es así, te felicito, chico. Recuerdos a Nancy y...

—Gracias, Jack... Saludos a... Mar... ta...

La voz de Andrés se transformó de repente en un horripilante chirrido. Se oyeron tres o cuatro gañidos, como de metal oxidado y, súbitamente, todo su cuerpo adquirió una inmovilidad absoluta.

Jack Fleury retrocedió un paso.

Estaba aterrado. Su amigo se había transformado en una estatua de metal.

Algunos curiosos se acercaron a contemplar el espectáculo. Un agente de policía, atraído por la pequeña aglomeración, se acercó también.

—¡Circulen, por favor, circulen! —pidió—. Oiga, y usted, llévese esa estatua de la calle —se dirigió a Rogers.

Jack se volvió hacia el policía. Luego, de repente, aterrado, echó a correr como un loco, dejando completamente estupefactos a cuantos contemplaban la escena.

* * *

La cantante apareció en el escenario. Era muy hermosa y tenía bastante fama.

Lina Lane poseía una hermosa figura, que ella cuidaba de realzar con vestidos adecuados. Aquella noche llevaba uno de lamé de plata, que parecía una prolongación de la epidermis de sus hombros y brazos, que quedaban al aire merced a un audaz escote.

Los espectadores de la sala creyeron que se trataba de un nuevo maquillaje de la artista. Apenas ninguno se fijó en la lentitud de sus

movimientos.

Lina Lane empezó a cantar. Una de las cosas que habían contribuido a aumentar su reputación era el sentido que daba a las piezas que interpretaba, por regla general, frívolas e insinuantes y de ritmo rápido.

Lina acompañaba las canciones con su cuerpo. Aquella noche parecía estar envarada.

—¡Vamos, Lina, muévete un poco más! —gritó uno de los asistentes.

—¡Agita ese cuerpo saleroso! —vociferó otro.

—¿Quieres una yema de huevo para aclararte la garganta? —dijo un tercero cáusticamente.

Lina pareció sorprenderse.

—E... estoy... ca... cantando lo... lo me... mejor que pu... puedo... bri... bribones...

Sabía lo que querían los espectadores. Al finalizar la canción, hacía un simulacro de «striptease», pero, en realidad, siempre llevaba otro vestido debajo del que llevaba para salir a escena.

Reanudó la canción. El director de la orquesta masculló algo entre dientes; Lina se había divorciado de su batuta.

—Lina —gruñó en voz baja—, ¿es que tienes lija en la garganta? Sígueme, rayos.

Lina se encogió de hombros. Su voz era cada vez más pesada y torpe.

De pronto, llevó la mano derecha al tirante del vestido del lado opuesto. Entonces, se oyeron dos o tres gañidos aterradores, a la vez que su canción quedaba interrumpida, tras un horrendo crujido.

Se oyeron gritos de asombro. Algunos aplaudieron la transformación.

Lina Lane se había convertido en una estatua de metal.

El director de la orquesta se quedó con la boca abierta de par en par. El primer violín emitió dos o tres notas falsas y luego dejó de tocar.

El trombón lanzó varios piporrazos desafinados. El bombo hizo varias veces «porrompompóm» y se calló también.

El empresario se dio cuenta de que algo no funcionaba como era debido. Inmediatamente dio orden de que corriesen las cortinas que actuaban a modo de telón.

Luego se acercó presurosamente a la cantante.

—¡Lina! ¡Lina! —gritó, a la vez que la sacudía por un brazo.

Pero Lina no le contestó.

Era sólo una estatua de metal, fría y sin vida.

* * *

Al día siguiente los periódicos comentaban no sólo los dos casos anteriores, sino también unos cuantos que se habían producido de una manera tan extraña como misteriosa.

«La epidemia del metal», la titulaban algunos. Otros hablaban de una supuesta invasión de seres del espacio. No faltaba quien sostenía que todo era una fantasía de tipos aficionados al alcohol.

Los únicos que sabían algo al respecto eran Percy y Amanda, además del capitán Bellón, unos cuantos agentes de policía y los forenses.

La puerta había sido reparada ya. Por consejo de Percy, Amanda había accedido a hospedarse en su casa.

Estaban desayunando a la mañana siguiente, y mientras comentaban las noticias dadas por los periódicos. De pronto, sonó el timbre del visófono.

Percy se levantó y dio el contacto. La cara de Bellón apareció en el acto en la pequeña pantalla.

—Tengo el resultado de la autopsia —dijo el policía.

—¡Magnífico! —contestó Percy—. ¿Qué dicen los médicos?

—Han encontrado en los cuerpos de esos desgraciados una elevada proporción de metal en estado molecular.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco?

—¡Hombre, yo...!

—Pues. ¿Qué esperabas, Percy?

—¿Sabes si los forenses han examinado el cerebro?

—Sí, claro; y el resultado es análogo. Hay moléculas metálicas en las células, con una gran preponderancia de la plata sobre el hierro.

—Yo esperaba otra cosa, Ángel.

—Si hablases claro...

—Te diré; esos individuos actuaban mecánicamente, como

robots vivientes.

—Bien, ¿y qué?

—Bien, se me ocurrió pensar que acaso llevarían insertado un diminutivo aparato de control en... bajo... bueno, en alguna parte de su organismo.

—Pues no es así —declaró el policía rotundamente—; salvo la proporción de metal, mezclado molecularmente con sus células, no había nada más de anormal en sus cuerpos.

VII

Percy volvió junto a Amanda.

—¿Ha oído usted? —preguntó.

Ella contestó afirmativamente.

—Sí —murmuró. Llena de angustia, dijo—: Percy, ¿qué podemos hacer? Me siento aterrada al pensar que mi padre tal vez también...

Percy no quiso decir que pensaba lo mismo, por no aumentar su aflicción.

—He podido fijarme en un detalle —habló.

—¿Cuál, Percy? —preguntó ella.

—Es seguro, por lo menos se puede afirmar así, que todos los casos de «metalización» de cuerpos humanos proceden de individuos que se sometieron al tratamiento de «robotización», alucinados por la promesa de no tener que preocuparse de sus necesidades y, más aún, por las perspectivas de inmortalidad.

—Sí, parece lógico pensarlo así —convino la muchacha.

—Bien, aquellos prospectos remitidos por correo, indicaban una dirección visofónica. Había que llamar a un determinado número y...

—¿Quiere decir que va a hacer esa llamada? —se alarmó Amanda.

Percy sonrió.

—En absoluto. Voy a hacer algo mejor —contestó—. Voy a investigar en el lugar donde está instalado ese visófono.

—¡Pero no indicaba el domicilio! —alegó ella.

—Ese no es ningún obstáculo —dijo Percy—. Espere un momento.

Se acercó al visófono, marcó un número y, establecida la conexión, sostuvo un breve diálogo con un individuo cuyo rostro no alcanzó a ver Amanda.

Momentos después, Percy regresaba de nuevo a la mesa.

—Cuarta Perspectiva, II.º Nivel, número 617, departamento 40-F —anunció.

—¿Quién le ha dado los datos? —preguntó Amanda, intrigada.

—Tengo un amigo en la Central de Comunicaciones. De cuando en cuando, nos hacemos mutuos favores —respondió él.

—¿Piensa ir a la Cuarta Perspectiva hoy mismo?

—Hoy mismo no; ahora mismo.

Amanda se puso en pie con súbita energía.

—¡Yo también iré!

Percy sonrió.

—Si es su gusto...

—Mi padre está en poder de Stagnssen —dijo ella—. Debo hacer todos los posibles por encontrarle.

—Muy bien; entonces no se hable más... pero antes, vamos a dejar la mesa despachada. —Y Percy se dispuso a quitar los cacharros, pero ella se lo impidió.

—Esto corre de mi cuenta —sonrió.

—Es cierto. Olvidaba que usted pertenece a la cuarta categoría kayroniana. ¿No tuvo nunca ambición de subir?

Amanda se encogió de hombros.

—No fui buena estudiante; las ciencias no me atraían con exceso. Me gusta más la literatura, pero las pruebas que hice fueron un fracaso. Soy una chica del montón, Percy.

El joven la contempló apreciativamente de pies a cabeza.

—En todo caso, un montón muy escogido... y en la parte más alta —dijo intencionadamente, haciendo que el rostro de Amanda adquiriese un vivo color encarnado.

Minutos más tarde, salían de la casa. Subieron al monorrueda de Percy y tras la programación de la ruta adecuada, partieron hacia el lugar sospechoso.

La Cuarta Perspectiva estaba en el lugar más oriental de la ciudad y corría de Norte a Sur. Sólo tres Perspectivas más quedaban hasta los límites del casco urbano y en aquella zona los niveles eran en número mucho menor y más separados entre sí, dado el mayor

espacio entre los edificios.

El monorrueda se detuvo automáticamente al llegar al punto deseado. Percy se apeó y ayudó a bajarse a la muchacha.

A partir del segundo nivel, el edificio señalado tenía cuarenta pisos.

—Vamos a tener que subir hasta el último —dijo Percy.

Entraron en la casa. El conserje les miró especulativamente.

—Vamos al 40-F —dijo Percy.

—¿Son amigos del señor Sillinoe? —preguntó el individuo.

—Por supuesto —respondió Percy con notable desenvoltura—. No venimos a venderle libros, ni cepillos para el calzado...

—El señor Sillinoe está ausente. No se sabe cuándo regresará.

Percy torció el gesto. No había contado con una eventualidad semejante.

Por un momento, se quedó parado. Amanda fue la que salvó la situación.

—Era mi prometido —dijo— y rompimos. Yo vengo a recoger las cartas que le escribí y que el muy granuja no ha querido devolverme. —Al mismo tiempo que hablaba, abría el bolso y sacó de su interior unos cuantos billetes—. Esto para usted, por la molestia.

El conserje se rindió en el acto.

—Siendo así... ¿Tienen llave? —preguntó.

—No —contestó Amanda—. Él no quiso dármela...

—Les dejaré una llave maestra. Por favor, no me comprometan —rogó el conserje.

—Descuide, amigo —dijo Percy.

Momentos después, entraban en el ascensor.

—Ha tenido usted una buena idea —alabó el joven.

Amanda sonrió.

—No sé cómo se me ocurrió, pero había que hacer algo para justificar nuestra presencia.

—Desde luego —contestó Percy, haciendo saltar la llave en la palma de su mano.

El ascensor era muy rápido. Pocos segundos después, salían a un pasillo, en donde no tardaron en encontrar la puerta señalada con la letra F.

Percy abrió fácilmente. La primera impresión que obtuvo fue de

que se trataba de un piso corriente.

Los muebles y el decorado eran vulgares, de serie.

Incluso el despachito situado en un ángulo del departamento no tenía nada de particular.

Recorrieron el piso con todo detenimiento, sin encontrar nada sospechoso.

—¡Bueno! —dijo Percy unos minutos más tarde—. Que yo sepa, aquí no hay nada relacionado con Stagnssen.

Amanda se encontraba muy desconcertada.

—¡Qué raro! —exclamó—. Los prospectos indicaban que era aquí donde había que hacer la llamada...

Se acercó al visófono, situado en uno de los lados de la mesa de despacho.

—El número es correcto —comprobó.

—Tal vez recogían las llamadas por medio de una grabadora automática y luego «pasaban a domicilio» a recoger las víctimas —apuntó Percy.

—Es posible —admitió la muchacha.

Abrió los cajones y empezó a registrarlos uno por uno. Minutos después, suspendía la tarea.

—Percy, aquí no hay la menor señal de grabadora —dijo.

—Esto es muy extraño —murmuró él—. Si yo no hubiera visto lo que le sucedió a Lily Downey; si no hubiéramos sido atacados... si no se hubieran producido esos casos de «metalización», sería como para dudar de los anuncios. Pero, desgraciadamente, las circunstancias no permiten la duda. Las llamadas se recibían aquí —afirmó— y Stagnssen las recibía de alguna manera.

Calló un momento. Luego apartó a la muchacha a un lado.

—Déjeme, por favor.

Empezó a revisar la mesa, centímetro a centímetro.

Amanda le contemplaba con silenciosa atención.

De pronto Percy lanzó una exclamación de júbilo.

—¡Ya lo tengo!

Su mano estaba metida hasta el fondo, en el cajón situado directamente bajo el visófono. Hizo fuerza y dio un tirón, sacando una cajita de forma oblonga y de unos diez centímetros de lado por la mitad de ancho y otro tanto de grueso.

Un finísimo cable salía de la caja y desaparecía en el interior del

cajón. Presa de una súbita sospecha. Percy cogió el visófono y lo levantó cosa de medio palmo.

—¡Mire, Amanda! —exclamó.

Un segundo cable, sumamente delgado, salía de la base del aparato y desaparecía en el interior de la mesa. Percy hizo una prueba y apreció que el cable era el mismo que salía de la cajita de metal.

—¿Qué es eso, Percy? —preguntó ella.

El joven se mordió los labios.

—Me lo estoy suponiendo... —dijo a media voz. De pronto, dejó la caja sobre la mesa y exclamó—: Venga conmigo a la terraza.

Abandonaron el despacho, cruzaron un dormitorio y salieron a una terraza de quince o veinte metros cuadrados, adornada con profusión de plantas de jardín, algunas de las cuales alcanzaban una altura de dos y más metros.

Percy empezó a buscar con ahínco entre las plantas. No tardó en hallar lo que deseaba.

—Acérquese, Amanda —pidió.

Ella accedió. Percy le enseñó una larga varilla de acero, disimulada perfectamente entre las hojas de una gran planta de adorno.

—¿Una antena de radio?

—Sí.

Percy, empezó a escarbar entre la tierra de la gran maceta, hasta encontrar una caja análoga anterior, aunque envuelta en otra un poco mayor y de una sustancia aislante.

La antena tenía su base en la caja. Percy comprendió rápidamente el funcionamiento de aquellos aparatos.

—No es necesario grabadora —dijo—. Cuando se recibe una llamada en el visófono, se transmite por el hilo de empalme a la otra caja, que no es sino una emisora de poca potencia. De aquí, las ondas hertzianas son recogidas por esta segunda emisora y, amplificadas, y lanzadas al espacio por la antena.

»En alguna parte, Stagnssen tiene un servicio de escucha permanente. De este modo, cada vez que una persona manifiesta sus deseos de ser «robotizada» y se pone en contacto con el número indicado, Stagnssen lo sabe y envía a recogerla.

—Si —convino Amanda, pues parecía una deducción llena de

lógica—, pero ¿con qué objeto?

—Su padre podría decirnos mucho al respecto, si estuviera aquí —respondió él.

Amanda se entristeció. Percy puso una mano sobre su brazo.

—Lo siento —dijo.

Ella sacudió la cabeza.

—No tiene importancia —contestó—. ¿Seguimos?

—Creo que ya no tenemos nada que hacer, como no sea dejar todo como estaba.

—¿Y permitir así que otros desdichados, alucinados por falsas promesas, caigan en poder de ese miserable?

—Es que se me ha ocurrido una idea —dijo él.

Amanda le miró inquisitivamente. De pronto, creyó comprender las intenciones de Percy.

—No me diga que va a efectuar la llamada —exclamó con expresión de alarma.

—Es justamente lo que estoy pensando —sonrió Percy.

—Pero aunque lo haga así, Stagnssen le reconocerá. Sus esbirros ya le amenazaron; él conoce su existencia y sospechará de sus intenciones en el acto. ¡Sería capaz de ordenar que le maten!

—Puedo disfrazarme y usar otro nombre —adujo Percy.

—A pesar de todo...

—Amanda, no podemos continuar con los brazos cruzados. Ya no se trata tan sólo de su padre, sino de otras muchas personas que corren serios peligros. ¿Me ha comprendido?

—Desde luego —suspiró ella—; es preciso hacer algo...

Amanda se interrumpió súbitamente. Miró hacia la puerta.

Percy volvió también la cabeza.

Alguien acababa de entrar en el departamento.

VIII

Era un hombre de mediana edad y rostro saturnino, medio calvo, quien se detuvo atónito al ver a la pareja en la puerta que daba a la terraza.

Percy tenía aún en las manos el transmisor externo. El recién llegado comprendió inmediatamente lo que había ocurrido.

Su brazo derecha se movió con gesto veloz. Una pistola apareció en el acto en su mano.

—No se muevan —ordenó perentoriamente. Amanda lanzó un gemido. Percy procuró dominarse.

—No tenemos intención de atacarle, señor Sillinoe —manifestó.

El individuo se sorprendió.

—¡Sillinoe! —repitió—. ¡Oh, yo no me llamo así! —declaró.

Percy frunció el ceño.

—¿De veras? —dijo suspicazmente.

—¿Por qué iba a mentirles? De modo que han descubierto el truco, ¿eh?

—Así parece, señor...

El recién llegado hizo caso omiso de la invitación a decir su nombre.

—Lo siento —manifestó—. Es una lástima que hayan metido las narices donde no les importa.

Percy se alarmó.

—¡Eh! ¿Qué va a hacer con nosotros? —exclamó.

—¿No se lo figuran? —El hombre blandió su pistola—. Este cacharrito es lo mejor que se conoce para hacer desaparecer a las personas.

—¡Usted no cometerá la monstruosidad de matarnos! —protestó Amanda.

El hombre volvió los ojos hacia la muchacha.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Amanda Sullivan —contestó ella, enderezando el busto.

—Vaya, la hija del doctor Sullivan. Lo siento, no puedo cambiar la decisión.

Miró a Percy.

—Usted, deje eso en el suelo. —Se refería al transmisor de radio —. Lo necesito.

—Para instalarlo en otro sitio, ¿verdad?

—Es posible. ¡Obedezca!

Percy reflexionó velozmente. Era indudable que el sujeto estaba dispuesto a usar su pistola desintegradora.

—Muy bien, si usted lo manda...

Abrió ligeramente las manos y dejó caer el transmisor al suelo, pero conservando la antena entre los dedos. Súbitamente, cerró los

dedos para asir la antena con fuerza y movió el brazo derecho, a la vez que se echaba hacia el lado contrario.

El transmisor salió disparado de abajo a arriba; tropezó con la mano armada y, continuando su trayectoria, aunque algo desviada, acabó por estrellarse contra la mandíbula del pistolero.

Sonó un rugido. El hombre se tambaleó.

Percy saltó hacia adelante, con la cabeza gacha. Su frente chocó contra la nariz del sujeto y lo derribó al suelo, casi sin conocimiento.

La pistola pasó a su poder en el acto.

—Esto cambia un poco —sonrió alegremente.

Retrocedió dos pasos. A su lado, Amanda emitió un fuerte suspiro.

—Me siento revivir —dijo.

—Estamos iguales —sonrió él—. Y, mire por dónde, ahora vamos a tener ocasión de conocer el escondite de Stagnssen.

Esperaron unos momentos. A poco, el hombre se sentó en el suelo y se restañó la sangre que le brotaba de las narices.

—Las tornas se han cambiado —dijo Percy.

—Si cree que voy a hablar, está listo —refunfuñó el pistolero.

—Ahora lo veremos. Mientras tanto, ¿quiere darnos su nombre?

El sujeto vaciló un instante.

—Bueno, no tiene importancia —dijo al cabo—. Me llamo Simón Doumegue.

—Algo es algo. ¿Quiere ahora decirnos dónde está el profesor Stagnssen?

—¡No!

Percy le apuntó con la pistola.

—Le mataré dentro de diez segundos si no nos lo dice —expresó crudamente.

Doumégue pareció impresionarse.

—Es que...

—¡Vamos, hable!

—Deje que me ponga en pie —rezongó Doumégue—. ¡Diablos, tiene usted la cabeza muy dura!

—Eso es porque sus narices son muy blandas —c0ntesto Percy sarcásticamente—. ¿Se ha decidido a hablar?

—Bueno... —Doumegue se levantaba torpemente, utilizando una

silla como punto de apoyo—. ¿Qué me darán si hablo? —preguntó.

—La vida. ¿Le parece poco?

Hubo un momento de silencio. Bruscamente, Doumegue agarró la silla y la lanzó hacia adelante con todas sus fuerzas.

Percy recibió el impacto en pleno pecho y cayó de espaldas. Lanzando un grito de alegría, Doumegue se arrojó sobre él.

Pero el joven no había soltado la pistola. Fue casi un instintivo movimiento de defensa el que le hizo apretar el gatillo.

En el último instante, Doumegue lanzó un agudo grito de terror, que se cortó en el acto, cuando su cuerpo se transformó en una nube de humo gris.

Amanda retrocedió unos pasos, horrorizada por la escena. Percy se puso en pie lentamente.

—Lo siento —dijo.

Hubo una larga pausa de silencio. El humo se había ido por la puerta que daba a la terraza.

Percy meneó la cabeza con gesto pesimista.

—Hemos perdido el tiempo —masculló.

—Algo hemos ganado —trató ella de consolarle—. Deje todo tal como estaba...

—Ya no serviría de nada. Stagnssen envió a Doumegue a recoger todos los aparatos, lo cual tiene una significación sumamente clara.

—¿Cuál, Percy? —preguntó Amanda.

—Por el momento, ha decidido suspender el reclutamiento de personas deseosas de ser «robotizadas».

Amanda asintió.

—También lo creo yo, pero ello no significa que haya desistido de sus intenciones.

—Tratará de perfeccionar su fórmula, ¿no es eso lo que quiere decir?

—Justamente. Bien, ¿qué hacemos ahora?

Percy se mordió los labios.

—Sería una cosa buena encontrar a Sillinoe —dijo.

—¿Cree que él le diría algo?

—Por lo menos, obtendríamos algunos detalles... y tal vez conozca el escondite de Stagnssen. Mientras no se demuestre lo contrario, hemos de sospechar que está en connivencia con él.

—Tiene razón, pero ¿cómo encontrarlo, si no conocemos su

paradero?

—Mi amigo Bellón nos servirá de gran ayuda, para eso es policía —respondió Percy con firme acento.

* * *

Transcurrió una semana.

Los casos de «metalización» se habían repetido, aunque no excesivamente.

En total, se habían registrado cerca de un centenar. A pesar de todo, la gente empezaba a alarmarse.

Los medios de difusión —prensa, radio y TV— publicaron constantes llamadas. Era preciso que todos cuantos habían contestado al anuncio se presentasen para ser sometidos a tratamiento.

Las llamadas tenían un fin: conocer el paradero de Stagnssen.

Pero nadie respondió a los requerimientos. El capitán Bellón empezó a darse a todos los diablos.

—¿Es que no se dan cuenta de que su vida está en peligro?

Amanda le sirvió una copa.

Estaban en casa de Percy. El policía había ido a visitar a su amigo, para conocer el estado de las investigaciones del abogado.

Desgraciadamente, Percy no había podido facilitarle ninguna información de relieve.

Por su parte, Bellón le había comunicado que no se encontraba el menor rastro de Sillinoe.

—Si se dan cuenta o no —dijo Percy, tras la furibunda exclamación de su amigo—, no importa tanto como saber si Stagnssen les ha prohibido que declaren el lugar donde fueron sometidos al tratamiento de «robotización». ¿No se han convertido en unos robots? ¡Pues entonces está claro que sólo obedecen a Stagnssen?

Bellón movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, pero ¿con qué fines hace Stagnssen sus experimentos?

—Quizá quiera crear un ejército particular —apuntó Amanda.

—¿Y convertirse en una especie de dictador a escala mundial? —exclamó el policía—. ¡Sería absurdo! ¡Para ello, tendría que «robotizar» a miles de millones de personas!

—Y aun así, quedarían miles de millones no «robotizados», que se opondrían firmemente a ser dominados por los demás; por Stagnssen —declaró Percy—. No, sus motivos son muy otros. Por el momento, y esto es lo lamentable, no los conocemos.

El timbre del visófono sonó de pronto. Amanda dio el contacto.

—El capitán Bellón, por favor —dijo una voz masculina.

Bellón se acercó al aparato.

—Hola, sargento Bussy —salud—. ¿Algo de nuevo?

—Sí, señor. Parece que hemos adelantado un poco. Tengo aquí, en mi despacho, a una dama que dice que su esposo aceptó el tratamiento.

—¡Eh! ¿Está seguro?

—Por completo, señor. Es la señora Grintee y...

—¿Dónde está su esposo?

La respuesta se demoró unos segundos.

—Ella dice que en el trabajo, pero que es puntual y regresará a su casa a las cuatro de la tarde, señor.

—Muy bien, Bussy. ¿Cuál es la dirección de la señora Grintee?

De nuevo hubo otra pausa.

—Avenida Cuarenta y Tres, VIo Nivel, número 8.105, departamento 2-L, capitán.

Bellón consultó su reloj de pulsera.

—Son las tres de la tarde —dijo—. Bussy, tome un coche y lleve a la señora Grintee a su casa. Nos reuniremos con usted allí.

—Bien, señor.

Bellón se volvió hacia sus amigos.

—Me imagino que querrán venir conmigo —dijo.

—No te hubiéramos dejado salir de aquí, sin esa condición —sonrió Percy.

—Muy bien, entonces en marcha; tenemos el tiempo justo para llegar antes que el señor Grintee.

—¡Esperen!

Percy y Bellón se volvieron hacia Amanda.

—¿Qué le sucede ahora? —preguntó el primero.

—¿No querrán que salga de casa con esta facha, verdad? —se quejó la joven—. El señor y la señora Grintee pensarían muy mal de un oficial de policía, que se dejase acompañar por una joven desastrada, sin arreglar...

Bellón suspiró resignadamente.

—Las mujeres —murmuró—. No es mi esposa, pero parece la misma.

—En algunos sentidos, todas las mujeres son iguales —declaró Percy filosóficamente, mientras Amanda con una deliciosa sonrisa en los labios, se encaminaba al tocador.

IX

Ann Grintee se mostraba nerviosa e impaciente. La preocupación aparecía en su rostro.

Era una mujer aún joven y agraciada, pero que parecía haber perdido buena parte de su belleza, debido a los sufrimientos morales de los últimos días.

—Yo le dije que no contestara al anuncio —manifestó una vez más—, pero Bill no quiso hacerme caso. Estuvo ausente ocho días y…

—¿Ha notado usted algún síntoma especial en él? —preguntó Percy.

—Pues…, en primer lugar, la pérdida de apetito. Siempre fue un hombre que comía en abundancia y ahora… ni siquiera cena por las noches. Por las mañanas, se toma una simple taza de café, sin nada más…

—Siga, señora —invitó el policía.

—Bien, aparte de esos puntitos luminosos en la piel y un cambio de voz… —Ann Grintee se ruborizó—. Se ha vuelto un hombre frío y despegado. No…, no me hace caso alguno…

Percy tosió.

—La comprendemos perfectamente, señora —dijo.

—Yo, cuando leí en los periódicos las noticias de esas personas que se habían transformado en estatuas de metal, pensé que debía hacer algo para que Bill recobrase su aspecto normal y…

Sonó el timbre. Ann Grintee se puso en pie, como impulsada por un resorte.

—¡Ah, ahí está! —exclamó.

—Señora —dijo Bellón.

Ann se volvió hacia el policía.

—Diga, capitán.

—Es posible que seamos duros en el interrogatorio —advirtió Bellón —. No se alarme, lo hacemos por el bien suyo y de su esposo.

—Entiendo —contestó la mujer—. Lo tendré en cuenta.

Cruzó el salón y abrió la puerta.

—Hola, querido —saludó, ofreciendo la mejilla a su esposo.

—¿Qué tal? —contestó Bill Grintee, besándola fríamente—. Vaya, parece que tienes visita.

Ann cerró la puerta.

—Sí, cariño. Te presento al capitán Bellón, de la policía; al abogado Gates y a la señorita Sullivan.

Grintee miró fríamente a sus visitantes.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó.

Era un hombre recio y fuerte, de regular estatura y pelo crespo. Los síntomas del tratamiento «metalizador» eran claramente visibles en la epidermis de su cara y manos.

Bellón le enseñó un papel.

—Tenemos entendido que usted recibió un anuncio similar a éste —dijo.

Grintee lanzó un vistazo al prospecto.

—Sí —contestó.

—Entonces ¿afirma haber llamado al visófono que se indica aquí?

—Sí.

—¿Qué le dijeron como respuesta?

—Simplemente, que esperara instrucciones.

Bellón pareció sentirse defraudado.

—¿Nada más? —inquirió.

—No, nada más.

—Y después ¿quién le dio esas instrucciones? —terció Percy.

Grintee se volvió hacia el joven. Amanda y Ann escuchaban con suma atención.

—¿Quién me dio las instrucciones? —repitió Grintee como un eco.

—Eso es lo que le he preguntado —insistió el joven.

—Pues... —Grintee se pasó una mano por la frente—. La verdad, no recuerdo...

—¡Miente! —estalló el policía.

—¡Por favor! —rogó Ann lastimeramente—. Es mi esposo…

Amanda cogió a la mujer por un brazo.

—Tenga paciencia —aconsejó—. Es por su propio bien, señora.

—Hagamos la pregunta de otro modo —dijo Percy—. ¿Cómo recibió las instrucciones?

Grintee vaciló. Percy se volvió hacia su esposa.

—¿Sabe si recibió alguna carta especial? —preguntó.

—No, desde luego —respondió Ann.

—Señor Grintee —dijo el policía—, la vida de centenares de personas, incluso de millares, está en juego. No queremos causarle ningún daño; de antemano estimamos su buena fe, pero le rogamos coopere con nosotros. Haga un esfuerzo por recordar, se lo suplico.

Percy observó que Grintee parecía aturdido, como ausente.

—¿Dónde está el doctor Stagnssen? —preguntó de súbito.

—Stagnssen —repitió Grintee con voz torpe—. Ese nombre…

—¿Le suena? —dijo Bellón.

Amanda frunció el ceño.

—Ese hombre no está bien —dijo—. Pierden el tiempo interrogándole; no dirá nada. Tal vez lo han sometido también a un tratamiento hipnótico; no es comprensible de otro modo su negativa a colaborar.

—Un tratamiento hipnótico —dijo Bellón—. Es posible…, pero entonces eso tiene remedio.

—¿Cuál? —quiso saber Percy.

—Hay buenos psiquiatras en la policía. Ellos le harán hablar.

—¡No!

Fue un grito estridente de Grintee. Todos se volvieron a mirarle.

—¡No quiero que sigan haciéndome más preguntas! —chilló, lívido, desencajado.

Ann se levantó vivamente.

—¡Bill! —exclamó, aterrada.

Súbitamente, Grintee giró un cuarto a su izquierda. Tomó carrerilla y, antes de que nadie pudiera impedírselo, se lanzó hacia la ventana más próxima.

Los cristales saltaron en mil pedazos. El cuerpo de Grintee atravesó el hueco y desapareció de la vista de todos los presentes.

Ann Grintee emitió un gemido y se desmayó.

—¡Cuide de ella, Amanda! —ordenó Percy, dirigiéndose hacia la

ventana.

Asomó el cuerpo con cuidado, para no herirse con los vidrios. Abajo, a treinta y siete pisos de distancia, se veía una mancha negra y roja.

Los transeúntes se arremolinaban en torno al cuerpo de Grintee. Se oyó el alarido de una sirena policial.

Sumamente consternado, Percy se volvió hacia el interior.

—Ya no nos dirá nada —murmuró.

Bellón se pasó una mano por la cara.

—Prefirió suicidarse a colaborar con nosotros —masculló.

—¿Se suicidó... o lo «suicidaron»? —dijo Percy.

Amanda, arrodillada aún junto a la señora Grintee levantó la cabeza vivamente.

—Creo que Percy tiene razón —dijo.

—¿Es posible que la fuerza mental de Stagnssen sea tan grande como para obligar al suicidio a un hombre antes de hablar?

—Las pruebas son contundentes, Ángel —manifestó Percy.

Bellón crispó sus manos.

—¡Por Dios, que si encuentro a ese miserable...!

—Déjense ahora de promesas —dijo Amanda—; hay que atender a la señora Grintee.

—Llamaré a un médico —indicó Percy, acercándose al visófono.

Una vez hubo terminado de hablar, Bellón llamó a oficina y dio órdenes para una inmediata autopsia del cadáver de Grintee.

—Y quiero el resultado apenas hayan terminado los forenses —dijo enérgicamente—. No importa la hora que sea; llámenme en el acto, esté donde esté.

Cortó la comunicación y se volvió hacia Percy.

—Encontraremos a Stagnssen, te lo aseguro —afirmó.

Percy no se sentía tan optimista.

* * *

Percy abrió la puerta. Amanda se puso en pie al verle entrar.

Había transcurrido más de una semana desde la muerte de Grintee. Hasta el momento, todas las pesquisas habían resultado infructuosas.

—¿Noticias? —preguntó ávidamente.

—Un agente consiguió capturar a un individuo que se había sometido al tratamiento —respondió el joven—. En estos momentos, está en la Central de Policía, estrechamente vigilado. Mi amigo confía en hacerle hablar, con la ayuda de los psiquiatras.

—Esperemos que Ángel consiga algún resultado —dijo Amanda fervorosamente.

—Yo también confío en ello —declaró Percy—. Pero, con franqueza —añadió—, lo que no comprendo es cómo han podido desaparecer todos los que sometieron al tratamiento de «robotización».

—¿Han desaparecido... o se callan, Percy?

—Para el caso, es lo mismo, Amanda. Y le diré una cosa; si ya no tuviéramos presente el secuestro de su padre, sabríamos que los procedimientos de Stagnssen no tienen un buen fin.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Amanda.

—Es muy sencillo. Cuando una persona consigue algo que la favorece (salud, dinero, ventajas de una clase u otra), se siente contenta y lo comunica a otros para hacerles participar de su alegría. Ciertamente, no faltan los reservados, que se guardan todo para sí, pero entre todos los individuos que contestaron al anuncio, ¿no va a haber uno solo que se sienta contento y satisfecho de haberse convertido en un ser inmortal? Al menos, yo, si tuviera esa certeza, saldría a la calle pegando saltos de alegría.

—Tiene usted razón —dijo ella, meditabunda—. No es lógico que una persona se calle algo que, teóricamente, es bueno. Porque, suponiendo que el anuncio de Stagnssen fuese auténtico, la inmortalidad no deja de ser una cosa buena..., vista con ojos de persona mortal, claro está.

—Sí, pero la inmortalidad física contradice las leyes divinas —manifestó Percy sentenciosamente—. Puede conseguirse un alargamiento extraordinario de la vida (¿no vivieron centenares de años los patriarcas bíblicos?); pero la inexorabilidad de esas leyes, tarde o temprano, acaba por cumplirse y el ser humano vuelve al polvo de donde salió.

Amanda hizo un signo afirmativo.

—Es cierto —murmuró—. Y, sin embargo, ha habido alucinados que creyeron en las promesas de Stagnssen.

—Al cual, por cierto, no sabemos dónde encontrar —masculló

Percy irritadamente.

Hubo un momento de silencio. De pronto. Percy exclamó:

—Amanda, se me ocurre una idea.

Ella le miró con esperanza en sus bellos ojos.

—Dígala pronto, Percy —pidió.

—Desconocemos el actual paradero de Stagnssen, es cierto, pero antes de esconderse debía de vivir en un sitio conocido, digo yo.

—Sí, es cierto.

—Si supiésemos su domicilio anterior, podríamos investigar... y tal vez hallar algún rastro que nos permitiese hallar su paradero actual.

—Recuerde que la policía ha registrado su viejo laboratorio sin hallar nada de particular —dijo Amanda—. Todo lo que tenía de cierta importancia se lo llevó consigo al desaparecer.

—Bueno, pero por probar, no perderemos nada. A veces uno encuentra algo interesante en lo que otro creyó no tendría valor alguno.

—En eso sí tiene razón —concordó la muchacha—. ¿Cuándo partimos?

—¿Conoce usted el emplazamiento del laboratorio de Stagnssen?

—Por supuesto.

—Entonces no perdamos más tiempo...

Se oyó la señal de llamada del visófono.

—Perdone un instante, Amanda —rogó Percy.

Fue hacia el aparato y pulsó el mando de conexión.

Un segundo después, apareció en la pantalla la conocida cara del capitán Bellón.

—Noticias, Percy —dijo el oficial de policía.

—¿Buenas?

Bellón hizo una mueca.

—No sé qué decir —masculló—. De momento, no hay medio de sacar una sola palabra al prisionero.

—¿Ni siquiera con hipnotismo?

—Nada. Y no vamos a recurrir a la tortura física, como puedes comprender.

—Claro. Pero con un poco de persistencia...

—Llevamos quince horas de interrogatorio continuo, sin darle un punto de reposo. El tío está tan fresco como cuando lo

capturamos.

—Bueno, la gota de agua horada la peña, ¿no? —dijo Percy sonriendo—. Todo es cuestión de persistencia...

—No sé si lograremos algo, sobre todo, si pensamos en el resultado de la autopsia del cadáver de Grintee.

—Sí, ya lo sabemos; una elevada proporción de metal en sus células...

—Hay algo más que ignoras todavía, Percy —dijo el policía—. Uno de los forenses es algo aficionado a cosas de radio; sé construye sus propios aparatos receptores, incluso de televisión...

—Vamos, que es su «hobby».

—Justamente, Percy. Pues bien, ese forense encontró algo raro en las circunvoluciones del cerebro de Grintee, una especial disposición de las cadenas de las moléculas metálicas, que adoptaban una formación distinta que en las células de otro género del cuerpo. Ello le chocó bastante... y el resultado es que ahora el cerebro de Grintee está siendo examinado por un grupo de selectos especialistas. ¿Comprendes?

Percy movió la cabeza afirmativamente.

—Creo que empiezo a comprender, Ángel —respondió.

Pero no dijo nada de la expedición que pensaba emprender al laboratorio del doctor Stagnssen, en unión de Amanda Sullivan.

Mientras se dirigían en el monorrueda de Percy al laboratorio de Stagnssen, Amanda, que había escuchado la conversación, dijo:

—¿Cree usted que Stagnssen influye sobre los «robotizados» por medio de un control cerebral a distancia?

Percy reflexionó un momento.

—Aún es pronto para dar una respuesta definitiva —dijo al cabo —. No obstante, parece admisible que Stagnssen ejerza una clase de dominio sobre los individuos que se prestaron a ser objeto de sus experimentos. El cómo y cuándo, y no digamos el dónde, son puntos que todavía quedan por aclarar.

Amanda suspiró.

—Y lo peor es que no sabemos todavía cuándo lo conseguiremos —dijo con acento de pesimismo.

Percy asintió. A menos que encontrasen algún rastro positivo en el laboratorio de Stagnssen...

De pronto, el monorrueda perdió velocidad y empezó a oscilar

de un lado para otro.

Amanda se alarmó.

—¿Qué pasa, Percy? —exclamó.

Las manos del joven se movieron rápidamente sobre el tablero de mandos, para desconectar el automático y recobrar el control manual del vehículo. Fue cosa de un par de segundos, pero cuando Percy quiso hacer que el monorrueda continuara moviéndose en la dirección deseada, se encontró con que la pérdida velocidad era continua.

El vehículo osciló alarmantemente. Percy se dio cuenta de que se detenía y pulsó el botón que hacía funcionar los estabilizadores que mantenían al monorrueda en posición normal cuando estaba parado.

Los estabilizadores no funcionaron. Entonces, cuando el vehículo llegó a la velocidad mínima, volcó.

Amanda lanzó un grito. Por fortuna, el vuelco se había producido en buenas condiciones y ninguno de los dos recibió mayor daño que el susto y algunas contusiones sin importancia.

—No entiendo qué diablos ha podido pasar aquí —rezongó el joven, forcejeando para salir del aparato, lo que consiguió no sin algunos esfuerzos.

Ayudó a la muchacha a salir al exterior. De pronto, vio que un monorrueda se dirigía hacia ellos a toda velocidad.

—¡Cuidado, Amanda! —gritó, al mismo tiempo que tiraba de su mano con todas sus fuerzas.

El vehículo se les echó encima. Hubo un ruido ensordecedor y los dos monorruedas saltaron disparados unos cuantos metros.

Percy se incorporó. Para evitar ser atropellado, no había encontrado mejor que tirarse al suelo, obligando a Amanda a que hiciera lo mismo.

La amplísima avenida era un puro caos. Había numerosos monorruedas caídos de costado, pero todavía quedaban muchos más corriendo velozmente. Muchos colisionaban aunque otros conseguían evitar los funestos impactos.

—¿Qué pasa aquí? —se preguntó.

Se oían los ruidos de los choques y gritos de terror Un hombre abandonó su monorrueda volcado, buscando salvarse de un inminente choque, pero un monorrueda que corría a ciento

cincuenta kilómetros por hora convirtió su cuerpo en una masa informe y ensangrentada.

La avenida estaba suspendida a cientos de metros sobre el nivel del suelo. Sus bordes estaban protegidos por sólidas barandillas de seguridad, pero tales barandillas habían sido construidas para accidentes «normales».

Lo que estaba sucediendo era no sólo una catástrofe imprevisible, sino también incomprensible.

¿Por qué unos monorruedas, en menor número ciertamente, se detenían, mientras que otros, la mayoría, continuaban su marcha?

En realidad, las colisiones no fueron demasiadas pero sí las suficientes para provocar una anarquía absoluta en la circulación. Algunos de los monorruedas accidentados rompieron las barandillas y se precipitaron al vacío.

Unos cayeron sobre los niveles inferiores; otros, según su posición, se estrellaron contra el suelo, situado a unos doscientos cincuenta metros más abajo.

En todo cuanto alcanzaba la vista, la confusión era enorme. Percy y Amanda, habiendo alcanzado la relativa protección de la barandilla, contemplaban el espectáculo con ojos dilatados por el horror.

Empezaron a oírse las sirenas de las primeras ambulancias, así como de los vehículos policiales. La circulación acabó por suspenderse.

Los equipos de socorro empezaron a actuar. Había numerosos muertos y heridos.

—Percy, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó Amanda, todavía estremecida por el terror sufrido durante aquellos inacabables y angustiosos minutos.

—No lo entiendo —murmuró él —. Es un sistema transporte poco menos que perfecto…

Un par de agentes pasaron corriendo por su lado.

—Ha fallado el sistema de energía irradiada del satélite… —gritó uno de ellos.

Percy chasqueó los dedos.

—Ahora lo entiendo —dijo.

—¿Qué es, Percy? —preguntó la muchacha.

—Los monorruedas no usan combustible, usted lo sabe. Tienen

un motor eléctrico, que recibe su energía irradiada a través del espacio y desde un satélite productor de la misma —explicó él.

—Vamos, como los antiguos tranvías, pero sin cable conductor ni trole ni rieles que descargan la electricidad recibida.

—Justamente —contestó Percy—. Ese satélite tiene una serie de espejos que reciben la luz del sol y la concentran, produciendo calor, el cual evapora una determinada cantidad de mercurio. El vapor mueve una turbina, que genera electricidad, la cual luego pasa a la antena irradiadora y, una vez terminado el ciclo, el mercurio evaporado se condensa de nuevo, para reemprender nuevamente el mismo ciclo.

—Comprendo.

—Es nuevo para mí —sonrió Amanda—; no olvide que soy kayroniana.

Percy asintió.

—Cada satélite emite una determinada cantidad de radiaciones —continuó—. Hablando en términos vulgares, cada monorrueda recibe su rayo energético particular, mediante un código numerado privado; de este modo, su propietario puede desplazarse donde le convenga, como si estuviese ligado a la central de energía por el cable conductor y el trole de toma de fuerza.

—Sólo que en este caso la energía es simplemente irradiada.

—Justamente. Y algo ha ocurrido para que en nuestro satélite se haya parado la emisión de energía. Entonces todos los monorruedas asignados al satélite han cesado de moverse… y se han producido todos estos choques con los otros monorruedas cuyo satélite continuaba funcionando.

Amanda paseó la mirada en torno suyo. Los equipos de socorro trabajaban con gran actividad.

Un policía se les acercó.

—¿Han sufrido algún daño? —preguntó cortésmente—. Hemos instalado unos cuantos puestos para atender a los lesionados leves…

—Gracias, agente —contestó Percy—, pero pudimos escapar a tiempo. ¿Es cierto que se ha averiado el satélite?

—Parece ser que sí, porque de otro modo no se concibe una súbita detención de tantos vehículos a la vez. Es algo que no había ocurrido sino en rarísimas ocasiones y, desde luego, hace muchísimos años.

El agente emitió un gruñido de descontento. Luego agregó:

—Los sistemas de irradiación de energía estaban tan perfeccionados, que los fabricantes llegaron a suprimir la batería de repuesto. Esto les hará ver la enormidad de su error. —Se llevó una mano a la sien—. Disculpen; tengo trabajo.

—Gracias, agente —dijo Percy.

Hizo un gesto de pesar.

—El policía tiene razón; una batería de repuesto, con conexión automática, habría evitado todos estos accidentes.

—En lo sucesivo, todos los monorruedas dispondrán de esa batería —opinó Amanda.

—Sí, pero para cuando la instalen, nosotros ya habremos ido y vuelto del laboratorio de Stagnssen. Si no me equivoco, nos quedan tan sólo un par de kilómetros. ¿Se atreve a cubrirlos a pie?

—No nos queda otro remedio —sonrió Amanda.

Echaron a andar.

—Y de vez en cuando —agregó la joven—, conviene usar las piernas un poco.

—Eso es cierto —admitió él.

* * *

El laboratorio de Stagnssen se hallaba instalado en el último piso de un elevado rascacielos, situado casi en los límites de la ciudad. Un rápido ascensor les condujo hasta la planta deseada en contados segundos.

Salieron al corredor. Era amplio, pero no había más que una puerta.

—¡Qué raro! —se sorprendió Percy.

—Stagnssen ocupaba toda la planta —explicó la muchacha—. Tengo entendido que hizo modificaciones en la estructura para acomodarla a sus necesidades.

—Pues debía de pagar un buen pico en concepto de alquiler —comentó Percy.

—Oh, disponía de los beneficios de dos o tres patentes de invención, que le permitían vivir sin trabajar para otros.

—Así se comprende —dijo Percy, acercándose a la puerta—. Está cerrada —observó.

—¿No podremos entrar? —dijo ella, decepcionada.

Percy reflexionó un momento. Luego gruñó:

—¡Qué diablos!

Y de un tremendo patadón, hizo saltar la cerradura.

—Stagnssen no está en condiciones de protestar por esta violación de su domicilio —sonrió, echándose a un lado para que Amanda pudiera pasar.

Cruzó el umbral detrás de la joven. El laboratorio era enorme, pero claramente se veía que habían desaparecido la mayor parte de los instrumentos y utensilios.

Mesas enteras aparecían vacías de aparatos. Había una gran biblioteca, en la que faltaban multitud de volúmenes.

En un rincón divisaron tres o cuatro grandes cajones de embalaje vacíos.

—Es evidente que Stagnssen juzgó oportuno no continuar el traslado de sus cosas —comentó Percy.

—Sólo se llevó lo que estimó más necesario —dijo Amanda.

En uno de los lados de la planta estaban las habitaciones privadas de Stagnssen. Una de ellas era un pequeño despacho o cuarto de trabajo.

El despacho daba una clara sensación de abandono. Amanda pasó un dedo por la mesa.

—Hay polvo —dijo.

—Lo cual indica que Stagnssen falta desde hace bastante tiempo.

—Sí… —murmuró ella un tanto distraídamente.

Luego se sentó tras la mesa. Mientras Percy rebuscaba entre las estanterías de una biblioteca, ella se puso a revolver los cajones.

Pasaron unos minutos. Percy empezaba ya a sentirse descorazonado.

De pronto, Amanda lanzó una exclamación:

—¡Percy!

—Diga, Amanda. ¿Ha encontrado algo?

—Pues… ¿Quiere venir, por favor?

Percy se acercó a la mesa. Había un cajón abierto y Amanda sacó de su interior un trocito de papel.

—Parece como si hubiesen roto una cuartilla y arrojado los trozos a la papelera —observó ella—. Tal vez el cajón estaba abierto en parte y uno de los trozos, al revolotear, cayó en su interior.

—Es posible —convino él—. Pero ¿hay algo escrito?

—Sí, unas letras y unas cifras: C4-K77. ¿Sabe qué quiere decir eso, Percy?

XI

Percy tomó el trocito de papel, apenas mayor que la uña de su dedo pulgar, y contempló en silencio aquel fragmento de escritura.

—Parece una clave... —murmuró a poco.

—Eso creo yo, pero ¿clave de qué, Percy? —dijo Amanda.

De nuevo volvió el silencio. Bruscamente, se oyeron unas voces fuera del despacho.

Amanda se puso en pie vivamente. Percy extendió la mano, recomendándole prudencia.

—Cuidado —musitó.

Pisando de puntillas, se acercó a la puerta. Asomó la cabeza y miró hacia el laboratorio.

Había dos hombres en el centro de la vasta pieza, mirando a su alrededor con aire receloso.

—Esto no me gusta, Tim —dijo uno de ellos.

—Tampoco a mí, Raymond —contestó el otro.

—¿Quién diablos habrá hecho saltar la puerta?

—Espera, todavía no hemos mirado en el despacho. Quédate aquí, Raymond.

—De acuerdo, pero no tardes; tenemos prisa.

—No se me olvida muchacho.

Percy se apartó vivamente de la puerta. Agarró a Amanda por un brazo y le indicó la mesa.

Amanda se escondió rápidamente, mientras Percy quedaba al acecho, junto a la puerta. Un segundo después, el individuo llamado Tim cruzaba el umbral.

Entonces un brazo se estiró y le agarró por el cuello, cortándole la respiración en seco. Percy mantuvo su presa hasta que el sujeto dejó de debatirse, Entonces, con todo cuidado, lo depositó en el suelo, sin hacer el menor ruido.

El sujeto llevaba una pistola desintegradora, que pasó a poder de Percy. Así armado, Percy se sintió mucho más animado.

Dio dos pasos fuera y salió al laboratorio. El otro sujeto le oyó. Vuelto de espaldas todavía, preguntó:

—¿Has encontrado algo, Tim?

—No me llamo Tim, amigo.

Hubo una cortísima pausa. El individuo se puso rígido, aún de espaldas al joven.

Súbitamente, se volvió, ya con una pistola en la mano.

Percy apenas tuvo tiempo de saltar a un lado. Era una pistola vibratoria, capaz de deshacer un cuerpo humano en fracciones de segundos, dejándolo convertido en una masa informe.

La descarga estalló a su izquierda, junto a la puerta. El muro se convirtió en polvo en un buen sector.

Percy se agachó. El sujeto le buscaba.

—Será mejor que tire el arma —aconsejó Percy.

La respuesta fue un nuevo disparo que pulverizó una estantería próxima. Percy se arrastró por detrás de una mesa de laboratorio. El individuo le interesaba más vivo que muerto.

Un tercer disparo vibratorio convirtió en polvo metálico más de la mitad de la mesa. Entonces Amanda se asomó y lanzó un pesado libraco contra el forajido.

El volumen le alcanzó en un hombro, haciéndole tambalearse. Un rugido de rabia se escapó de sus labios.

—¡Escóndase, Amanda! —gritó Percy.

La muchacha obedeció. Medio segundo después, una descarga estallaba delante de ella. El muro la protegió lo suficientemente para no temer por su integridad física.

Percy se asomó por encima de la mitad de la mesa y disparó. El rufián se convirtió en una nube de humo.

Había tenido que hacerlo. El sujeto llamado Raymond había dado claras muestras de no querer rendirse.

Pero aún quedaba otro. Percy confiaba en él para que le descubriera el paradero de Stagnssen.

Se acercó a la joven. Amanda estaba muy pálida, aunque no daba muestras de temor.

—Me alegro de que no le haya pasado nada —dijo Percy.

Ella hizo un signo con la cabeza.

—Hubo un poco de suerte, pero el individuo, a lo que se ve, no quería rendirse —comentó.

Percy señaló al que estaba tendido en el suelo.

—Ése hablará —dijo—. Voy a buscar agua para despertarle.

No tardó en volver con una jarra, cuyo contenido derramó sobre la cara del sujeto en cuestión. Éste se agitó, tosió, estornudó un poco y acabó por sentarse en el suelo, con expresión aturdida.

Percy se puso en cuclillas frente a él.

—Te llamas Tim, creo. ¿Qué más? —preguntó.

—¿Importa mucho? —respondió el hombre desafiadoramente.

—Tu compañero se ha convertido en polvillo cósmico —manifestó Percy—. ¿Quieres seguir sus pasos?

Los ojos del hombre expresaron preocupación.

—Me llamo Tim Kenley, pero no les diré nada más —contestó.

—Tal vez hables delante de la policía, ¿no?

Kenley se encogió de hombros.

—Soy empleado del doctor Stagnssen y fui enviado aquí para recoger algunas cosas de su laboratorio —dijo.

—Ah, luego sabes dónde está Stagnssen —sonrió Percy.

—Yo no he dicho tal cosa; sólo mencioné...

—Lo sé, lo sé. Pero no vas a hacerme creer que no sabes el lugar adonde debes llevar esos objetos que necesita Stagnssen. ¡Vamos, habla de una vez!

Kenley apretó los labios.

—No diré nada —insistió.

—Percy, fíjese en su piel —dijo Amanda de pronto.

La cara y las manos de Kenley tenían numerosas motitas de color plateado.

—¿También tú te sometiste al tratamiento de «robotización»? —preguntó Percy.

—Y ¿qué? —respondió Kenley—. No hacía mal a nadie, creo yo.

—Ahora lo estás haciendo. Tu compañero quiso matarme y yo me vi obligado a defenderme...

—¡Ustedes son intrusos aquí! —vociferó Kenley. Repentinamente, se puso en pie de un salto—. ¡Y ahora mismo voy a llamar a la policía!

Percy le amenazó con la pistola.

—¡Quieto o disparo! —gritó.

Pero Kenley parecía haber enloquecido súbitamente. Haciendo caso omiso de la amenaza del arma, corrió hacia la mesa sobre la

cual se hallaba el visófono.

Percy saltó tras él. Sólo había una manera de reducirle.

Alzó la mano y le golpeó en la cabeza con el cañón de la pistola. Kenley se desplomó al suelo como una masa inerte.

Percy se volvió hacia la muchacha.

—Lo siento —se excusó—. Él no me dejó otra alternativa.

Amanda asintió.

—Tendremos que idear algún método para sacarle la verdad —manifestó.

—Hipnosis, tal vez.

—Sí. Yo creo que...

Amanda se interrumpió. Kenley se movía de una manera sumamente rara.

Todo el cuerpo del sujeto se agitaba como presa de unas extrañas convulsiones, de origen desconocido. Bruscamente, se arqueó, quedando con sólo los dos puntos de apoyo de la nuca y los talones, mientras su boca se torcía horriblemente.

—¡Percy! —gritó la joven, asustada.

Se oyó un agudo chasquido. El cuerpo de Kenley se relajó, quedando apoyado por completo en el suelo, su cabeza se torció a un lado y sus movimientos cesaron.

Percy se arrodilló a su lado. Tomó su muñeca con dos dedos y buscó el pulso.

Unos segundos después, se ponía en pie, con la cara llena de una expresión sombría.

—Ha muerto —dijo lúgubremente.

* * *

El capitán Bellón escuchó con silenciosa atención el relato que de los sucesos producidos en el laboratorio de Stagnssen le hizo Percy. Al terminar el joven, dijo:

—Enviaré a recoger los cuerpos y trataré de averiguar qué significan ese grupo de letras y cifras. Ah, tengo que deciros otra cosa.

Percy y Amanda le contemplaron expectantemente.

El policía continuó:

—No sé cómo explicarlo de una manera inteligible, pero lo que

se ha descubierto en el cerebro de Grintee es algo fantástico. Los científicos de la policía están perplejos; nunca habían visto una cosa igual.

—¿De qué se trata, Ángel? —preguntó Percy.

—Formaciones moleculares metálicas combinadas con las circunvoluciones cerebrales de tal modo que constituyen, nada más y nada menos, que una pequeña estación de radio, alimentada, por supuesto, con la energía eléctrica que desprende el cerebro.

Percy abrió la boca de par en par.

—¡Rayos! —exclamó.

—Hay motivos para asombrarse —reconoció Bellón—. Es probable que Grintee, a través de esa emisora de radio, recibiera la orden de lanzarse al espacio. Y más probable todavía, dondequiera que estuviese, Stagnssen lo tenía bajo su control y «escuchó» cuanto se hablaba en su presencia. Bueno, tengo trabajo; ya os iré dando más informes a medida que los vaya recibiendo.

Bellón se marchó, dejando a los dos jóvenes llenos de perplejidad.

—¿Qué opina usted, Amanda? —preguntó Percy, al cabo de unos instantes.

—Sólo una cosa —dijo ella, en tono afligido—; mi padre está en poder de ese miserable y temo por él.

Percy meneó la cabeza.

—Encontramos una pista, pero no sabemos dar con el rastro —murmuró disgustadamente.

—¿No se le ocurre a usted nada acerca del significado de ese grupo de letras y cifras? —preguntó Amanda.

—Francamente, no —respondió Percy.

Cenaron en silencio y desganadamente. Durante su estancia en casa de Percy, Amanda ocupaba el dormitorio del joven. Percy se había retirado a una habitación, donde tenía una litera supletoria.

A la mañana siguiente, y mientras la joven dormía aún, realizó su asco personal. Luego se dispuso a preparar el desayuno.

Entonces llamaron a la puerta.

Percy frunció el ceño. No esperaba visitas a hora relativamente tan temprana.

Después de lo ocurrido, recelaba de todo y de todos. Cogió la pistola desintegradora y se acercó a la puerta. Atisbo a través de la

mirilla y vio a un hombre joven con una voluminosa cartera portafolios en la mano.

El individuo no parecía sospechoso, pero Percy no estaba dispuesto a correr riesgos innecesarios. Abrió con la mano izquierda, manteniendo la derecha oculta.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

—¿Señor Gates? —dijo el recién llegado—. Soy Antón Hadmar, empleado de la compañía de Seguros, donde tiene usted asegurado su monorrueda.

Percy arqueó las cejas.

—Sí, pero... que yo sepa, estoy al corriente del pago de la póliza —declaró.

Hadmar sonrió.

—Nadie se lo discute, señor Gates, y no vengo a solicitarle una cuota ya satisfecha. Sólo se trata que me firme unos documentos de reclamación contra el gobierno.

—No entiendo —dijo Percy, desconcertado—. ¿Qué he de reclamar yo al gobierno?

—Los daños sufridos por su vehículo en la tarde de ayer —contestó Hadmar—. ¿Ya no recuerda lo sucedido, señor Gates?

—Ah, si —dijo el joven—. Bien, entre y le firmaré los documentos.

Hadmar pasó al despacho del joven. Abrió la cartera y extrajo unos cuantos papeles que colocó sobre la mesa.

Percy se dio cuenta de que Hadmar no era un esbirro de Stagnssen. Disimuladamente, metió la pistola en un cajón y tomó los documentos.

—Explíquese, señor Hadmar, por favor.

—Sí, señor Gates —contestó el empleado de Seguros—. Usted recordará la serie de accidentes que se produjeron ayer por el fallo en la transmisión de energía desde el satélite asignado a su monorrueda. Según las cláusulas del contrato establecido con el gobierno, éste es responsable de cualquier daño que pueda ocasionarse por fallo en el suministro de energía irradiada. A cambio, es lógico, percibe una notable suma por facilitar tal suministro...

—Todo eso lo sé, en efecto —admitió Percy—. ¿Nada más?

—Es suficiente, ¿no? —sonrió Hadmar—. El gobierno cobra

buenos cuartos por su servicio de energía irradiada. Si tiene empleados negligentes o ineptos, es culpa suya; por lo tanto, debe pagar los desperfectos.

—En eso tiene razón. ¿Dónde firmo, señor Hadmar?

—Aquí, por favor —indicó el empleado.

Percy cogió la pluma. Leyó, por rutina, las cláusulas del escrito de reclamación, redactado en un tono leguleyesco que le era familiar y, de súbito, lanzó un agudo grito.

—¿Qué le pasa, señor Gates? —preguntó Hadmar, alarmado.

El índice de Percy señalaba una línea escrita en el documento.

—Aquí dice que el suministro de energía irradiada para mover mi monorrueda procederá del satélite C4-K77 —exclamó.

—Naturalmente —contestó Hadmar—. Como que es, precisamente, el satélite cuya avería provocó la catástrofe.

Amanda salió, envuelta en una bata, apenas se hubo ido el empleado de Seguros.

—¿Por qué ha gritado? —preguntó.

El joven la miró con ojos brillantes, a la vez que blandía un papel.

—Amanda, ésta es una copia de la reclamación que yo dirijo al gobierno por los daños recibidos en mi monorrueda, a causa de la suspensión repentina de la energía irradiada —dijo.

—¿Le pagarán mucho? —quiso saber ella inocentemente.

—No importa ahora lo que me paguen —contestó Percy—. Amanda, hay en el cielo muchos satélites suministradores de energía. Cuando un ciudadano adquiere un vehículo, lo recibe ya asignado a un determinado satélite, del que recibe la fuerza suficiente para sus desplazamientos. El que correspondía a mi monorrueda es el satélite registrado con la clave C4-K77.

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente.

—¡Dios mío! ¡Eso significa que Stagnssen se encuentra en ese satélite!

—Justamente. Y su padre también…, y todas las personas «robotizadas» y desaparecidas recientemente.

Amanda se le acercó con vehemencia.

—Percy, tenemos que subir allá arriba —dijo.

—Estaba pensando en eso mismo —contestó él—. ¿Cuándo estará dispuesta?

—Dentro de cinco minutos —prometió ella.

Percy consultó su reloj.

—No es necesario que se apresure tanto. Nos sobra tiempo... y tiene que desayunar antes de salir.

—No tengo apetito —dijo Amanda.

—Eso no importa. Tiene que comer algo. Vamos, vístase pronto; mientras terminaré de preparar el desayuno.

Amanda volvió a salir minutos más tarde, ataviada como de costumbre. Percy había preparado la mesa, pero la joven se sentía muy excitada y apenas si probó bocado.

—Vamos, Percy; la impaciencia me consume —dijo a los pocos momentos.

—Espere —contestó él—. Antes de hacer nada, hemos de elaborar un plan que nos permita atacar a Stagnssen con éxito. No olvide que vamos a ir a su guarida.

—Bien, ¿cuál es su idea? —quiso saber la muchacha.

—Espere un momento.

Percy se levantó, se dirigió al visófono y marcó un número. Habló durante algunos minutos y luego desconectó el aparato.

—Ya está —dijo, sonriendo.

—¿Quién era ese individuo? —quiso saber la muchacha.

—Galton Rogers. Es propietario de una pequeña compañía de cohetes de alquiler. El mismo pilotará el que nos va a conducir hasta el C4-K77. Recuerde que ese satélite da una vuelta en torno a la Tierra cada veinticuatro horas, lo cual significa que órbita a veintiocho mil kilómetros de distancia.

—Un buen pico —admitió la muchacha—. ¿Tardaremos mucho en el viaje?

—Desde el momento del despegue, unas dos horas y media —contestó Percy.

Entró en su despacho y volvió con la pistola, guardada en una bolsa de aspecto inocuo, que colgó de su cinturón.

—Y ahora vamos a la azotea; Galton enviará a uno de sus hombres en un helicóptero, para conducirnos directamente a su astropuerto.

* * *

Galton Rogers era un sujeto de unos cuarenta años, alto, delgado, de nariz ganchuda y expresión perpetuamente melancólica, lo que engañaba a la gente que no le conocía bien, pues era un sujeto chistoso y bienhumorado. Estrechó la mano de Amanda y maldijo su mala suerte.

—¿Por qué? —preguntó Percy—. ¿Acaso te he quitado un buen negocio?

—Me has quitado a esa chica tan linda —dijo Rogers sonriendo—. ¿Te parece bien?

—Pero tú no la conocías, Galton —protestó el joven.

—Es la mujer de mis sueños —exclamó Rogers evocadoramente—. ¿Por qué has tenido que venir con ella?

—Oye, no irás a decirme que te has quedado viudo, ¿verdad?

—Ésa es mi mala suerte —gruñó Rogers, con fingido enfado—. No sólo no me he quedado viudo, sino que estoy en trance de contribuir al aumento de población por séptima vez.

—¡Qué horror! —se espantó el joven.

—Así es la vida —dijo Rogers filosóficamente—. Bueno, ¿qué hay del asunto que me anticipaste a medias por visófono?

—Tienes que llevarnos hasta el C4-K77, Galton —pidió Percy.

—Es el satélite que se estropeó ayer, ¿no?

—En efecto.

—¿Qué hay allí que tanto os interese?

—Mi padre, señor Rogers —dijo la muchacha.

Rogers se volvió hacia Amanda.

—Es un satélite del gobierno, señorita —dijo.

—Sí, pero alguien lo está usando para sus propios fines, nada honestos, por cierto.

—Así es, Galton, aunque tú no te lo creas —añadió Percy.

—¿Quién es el tipo? —preguntó Rogers.

—Un tal Harold Stagnssen…, pero mejor será que dejemos las explicaciones para el camino. ¿Cuánto tardaremos en despegar?

—Lo justo solamente. Ya tengo preparado el cohete…, pero no acabo de entender el asunto —manifestó Rogers.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Percy.

—Esos satélites están desocupados. Funcionan automáticamente…, aunque me imagino que ahora encontraremos a alguien en el satélite.

Percy respingó.

—¿A quién? —preguntó.

—Hombre, pues a los técnicos que habrán ido a investigar los motivos de la avería, supongo —contestó Rogers.

Percy se volvió hacia la joven. Amanda se sentía muy nerviosa.

—Tenemos que despegar cuanto antes —dijo.

—No se hable más —exclamó Rogers—. Síganme, por favor.

Un monorrueda descubierto les llevó en pocos momentos hasta el lugar donde se hallaba estacionado el cohete que les llevaría al satélite. Era un fino galgo del espacio, capaz de alcanzar elevadas velocidades a los pocos segundos del despegue.

El jefe de mecánicos informó que todo estaba en orden. Guiados por Rogers, Percy y Amanda entraron en el ascensor que les conduciría a la cabina de pasajeros, situada casi en el extremo de la ojiva del vehículo espacial.

Minutos después, estaban acomodados en los sillones antichoque. Rogers comprobó los mandos, habló con la torre de control y, unos minutos después, presionaba el botón de arranque.

Se oyó un distante rugido. El cohete se elevó lentamente al principio y luego, de pronto, pareció salir disparado.

La tierra se alejó velozmente, difuminándose sus detalles a medida que ganaban altura. No tardaron en advertir la sensación de pérdida de peso.

Permanecieron en los sillones hasta que Rogers les advirtió que podían soltarse. En el interior del aparato reinaba una gravedad artificial de un cuarto, lo cual les impedía salir volando al menor esfuerzo y evitaba, además, la molesta sensación de falta de peso. Una vez en órbita libre, Percy se puso en pie y se acercó a una de las ventanillas.

—Éste es un espectáculo que no cansa nunca —dijo, contemplando el planeta, el cual ocupaba todavía una buena parte del horizonte visual.

Amanda asintió, aunque no tenía la mente demasiado propicia a la contemplación de las bellezas del espacio. Mientras Rogers continuaba atento a los mandos.

Una hora después, manifestó que se hallaban en una órbita de encuentro.

—Abordaremos el C4-K77 dentro de sesenta y ocho minutos —

agregó.

El cohete seguía su marcha veloz. Amanda ardía en impaciencia, pero no podía hacer nada por aumentar la velocidad del aparato.

Treinta minutos después, Rogers les dio un consejo.

—Ignoro las condiciones actuales del satélite —dijo—. En circunstancias ordinarias, se accede al mismo a través de un túnel estanco, que puede acoplarse a la escotilla del cohete. Pero ahora no sé qué pasará: por eso es conveniente que se pongan escafandras.

—Es una buena idea —aprobó Percy—. Venga conmigo, Amanda.

Rogers fue el primero en equiparse y ayudó a los dos jóvenes a hacerlo. No obstante, dejaron los cascos para el último momento, a fin de no consumir aire de los depósitos portátiles de los trajes de vacío.

No tardaron mucho en tener el satélite a la vista.

—Voy a equiparar las órbitas —anunció Rogers.

Desde sus asientos, Percy y Amanda pudieron contemplar el satélite a simple vista, a través de las amplias ventanillas del cohete.

Era un artefacto monstruoso. Encarados al sol constantemente, había una batería de espejos cóncavos, de cien metros de diámetro cada uno, los cuales concentraban el calor recibido del astro solar, que luego era transformado en energía eléctrica.

Los habitáculos y departamentos de servicio y control estaban en la cara oscura de los espejos. El antiguo diseño circular de los satélites artificiales había sido abandonado.

Parecía como si se hubiese edificado una ciudad de barracones en el espacio. Había un enorme número de construcciones de forma rectangular, alineadas en formaciones paralelas, semejando los vagones de un tren fantástico, todos ellos unidos por cortos túneles estancos. En los lados de la singular construcción se divisaban las gigantescas antenas que irradiaban la energía que movía los vehículos.

Un sólido entramado de duraluminio unía los diferentes elementos del satélite. Orbitando paralelamente al mismo divisaron un cohete, situado en uno de los extremos.

Rogers se sintió preocupado.

—Ahí veo elementos que no figuraban en el diseño original del satélite —dijo.

—Yo no entiendo mucho de satélites —manifestó Percy—. ¿A qué elementos te refieres, Galton?

—Eso que parecen vagones o barracones —contesto el piloto—. Ordinariamente, un satélite emisor de energía sólo tiene un habitáculo donde están instalados los controles, un pequeño depósito de víveres y una o dos habitaciones para los técnicos que eventualmente puedan residir en el satélite. ¡Pero eso parece un cuartel!

—Tal vez Stagnssen lo hizo construir para llevar adelante sus proyectos —opinó Amanda.

—Así tuvo que ocurrir —convino Rogers—. Bien, vamos a ver si nos acercamos a la esclusa de acceso.

Rogers manejó delicadamente el satélite, usando con toda precisión los chorros laterales y de freno. Percy se sentía un tanto nervioso, previendo que ya se acercaba el desenlace del enigma.

El satélite pareció abrumarles con su mole. En cada espejo hubieran cabido cómodamente una docena de cohetes como el que les había transportado desde la Tierra, y había seis espejos. A corta distancia, vieron que cada habitáculo medía unos treinta metros de largo, por casi otro tanto de ancho y una altura de cuatro o cinco metros.

En total, el número de habitáculos era de unos quince o dieciséis y su trazado era análogo al ya existente con anterioridad y construido al mismo tiempo que el satélite. Todos aquellos barracones del espacio disponían de un gran número de ventanas y los túneles estancos de unión permitían un enlace completo entre todos los barracones.

Algo osciló repentinamente en el espacio. Era un gran tubo flexible, de unos dos metros de diámetro, que se acercaba lentamente al cohete.

—Preparémonos al transbordo —dijo el piloto.

El tubo se adhirió al cohete de manera automática. Las velocidades de la estación de energía y del cohete eran idénticas.

Rogers cortó el encendido. Ahora la inercia y la fuerza centrífuga eran los únicos motores de su aparato.

Una luz chispeó rápidamente en el satélite.

—Es morse —manifestó Rogers al cabo de unos segundos —. Nos dicen que la conexión ya ha sido establecida y que podemos

pasar a bordo del satélite.

Percy se volvió hacia la muchacha.

—¿Cómo van esos ánimos? —le preguntó.

—Mi padre está allí adentro —respondió ella.

—Entonces no se hable más. Póngase el casco, Amanda.

Instantes después, comprobada la estanqueidad de los trajes y el perfecto funcionamiento de los depósitos de aire, Rogers abrió la escotilla.

El túnel quedó a la vista. Al fondo, a una docena de metros de distancia, recortadas contra una zona luminosa, se divisaban dos siluetas humanas.

Uno de los hombres movió la mano.

—Nos invitan a pasar —dijo Rogers.

—Es lo menos que podían hacer —expresó Percy—. Pero dejen que vaya yo en cabeza; creo que me corresponde dirigir las operaciones.

Seguido de Amanda y Rogers, Percy cruzó el túnel y llegó a la entrada del habitáculo. Los dos individuos estaban sin traje de vacío y se extrañaron de ver que los recién llegados los llevaban puestos.

—Hay una atmósfera normal —dijo uno de los hombres—. Quítense los cascos.

Percy le hizo señas de que no le entendía, debido a que el otro no usaba transmisor de radio. Su compañero hizo un gesto de impaciencia.

—Vamos —gruñó—; entren de una vez en la estación.

Percy, Amanda y Rogers cruzaron el umbral. Se cerró la escotilla y el túnel se replegó automáticamente.

Entonces Percy se quitó el casco.

—Ahora sí les oiré —sonrió.

—¿Qué han venido a hacer? —preguntó uno de los hombres de mal talante—. Sus dos compañeros ya repararon la avería en el sistema irradiante…

—Nosotros no hemos venido a reparar una avería —contestó Percy amablemente.

Hubo un instante de silencio. Los individuos parecieron sentirse desconcertados.

Uno de ellos, súbitamente, dijo:

—¡Avisa a Sillinoe, pronto! ¡Yo me encargaré de estos tipos…!

—Lo dudo mucho —sonrió Percy, sacando a relucir su pistola—. Si quieren conservar la vida, permanezcan donde están. Galton, ¿quieres encargarte de ellos?

—Con mucho gusto —accedió el piloto.

Percy le entregó su pistola.

—Dispara sin vacilar, si lo crees necesario —aconsejó—. Sigamos, Amanda.

Rogers quedó en la entrada, vigilando a los dos esbirros de Stagnssen. Percy y Amanda alcanzaron una puerta situada en el muro opuesto. Al abrirla, vieron que daba a un túnel de conexión.

Atravesaron el túnel y se encontraron en lo que parecía ser un cuarto destinado a la observación. Había numerosas sillas y todas ellas estaban ocupadas por personas que aparecían completamente inmóviles.

Percy se acercó a una de ellas y le tocó en el hombro. Era una mujer, joven y bonita, pero no dio señales de haber notado el contacto masculino. Percy le puso la mano en la mejilla, encontrándola fría y sin vida.

Tomó su pulso. El corazón funcionaba normalmente, aunque con cierta lentitud.

—¿Qué sucede aquí, Percy? —preguntó Amanda, vivamente alarmada—. Parece que todos estén muertos.

—No, sino sumidos en un estado cataléptico, tal vez provocado por hipnosis… o quizá por una orden emanada de Stagnssen. Estos desdichados son una parte de los que se sometieron al tratamiento, creyendo conseguir la inmortalidad.

—Les compadezco —dijo la muchacha.

Percy asintió. Sí, era para sentir compasión de aquellos desgraciados.

—Sigamos.

Pasaron a otro habitáculo, igualmente ocupado por una serie de figuras inmóviles y, en apariencia, carentes de vida. De pronto, se abrió una puerta y apareció un hombre.

Era menudo, de unos cincuenta años de edad, calvo y con una nariz ridículamente gruesa y rojiza. Al ver a la pareja, se sorprendió en el primer momento, pero no tardó en reaccionar.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó ásperamente—. ¿Quién les ha dado permiso para entrar? ¿No les han dicho en la esclusa que sus

compañeros habían reparado ya la avería?

—Usted debe de ser Ted Sillinoe —dijo Percy.

—Sí, en efecto; pero aún no han contestado a mis preguntas.

—Me llamo Percy Gates. Ésta es la señorita Amanda Sullivan, hija del doctor Sullivan.

Hubo un momento de silencio. Los ojos de Sillinoe chispearon.

Percy adivinó lo que iba a pasar. Saltó hacia adelante y agarró al hombrecillo por la garganta.

—Cuidado —dijo—. Una voz tan sólo y le parto el cuello.

Sillinoe se aterró.

—Suélteme…

Percy le zarandeó con fuerza.

—Antes tiene que decirnos dónde se encuentra Stagnssen —gruñó.

—En… en el departamento número siete…

Percy le soltó. Luego, antes de que Sillinoe pudiera adivinar sus intenciones, le golpeó con fuerza en la mandíbula.

—El paso está despejado —dijo triunfalmente.

Había carteles indicadores en los túneles de conexión y en las puertas de cierre automático. No tardaron en encontrar una puerta marcada con la cifra siete.

Antes de abrirla, Percy miró a la muchacha. Amanda, aunque estaba muy pálida, movió la cabeza afirmativamente.

Percy empujó la puerta. Dio dos pasos adelante y se detuvo.

El lugar era una mezcla de quirófano y laboratorio, dotado de aparatos avanzadísimos. Un hombre, envuelto en una bata blanca, se inclinaba sobre un sujeto tendido en la mesa de operaciones, cuyo pecho y vientre estaban al descubierto.

—¿Quiénes eran, Ted? —preguntó Stagnssen, sin quitar la vista del paciente.

—Un abogado entrometido llamado Percy Gates y la hija del doctor Sullivan.

Stagnssen captó un timbre de voz desconocido, lo que le hizo levantar la cabeza.

Era un hombre de unos cincuenta años físicos, por lo que representaba quince menos. Hubiera tenido una apariencia agradable, a no ser por un defecto físico: un acentuado albinismo, que hacía su presencia repulsiva a primera vista.

Sus pupilas eran rosadas y, en ocasiones, parecían fosforescer. La bata blanca no conseguía ocultar del todo su reciedumbre corporal.

—Ah, Gates —dijo tranquilamente, sin inmutarse—. Sí, un entrometido picapleitos. Supongo que el lindo rostro de Amanda Sullivan habrá sido factor determinante de su presencia en el satélite.

—Su suposición es correcta —respondió el joven—. Sin embargo, lo mejor sería dejarnos de rodeos, Stagnssen. ¿Dónde está el doctor Sullivan?

Hubo un instante de silencio. Una ligera sonrisa se formó en los labios del científico.

—Señorita Sullivan, ¿tiene muchos deseos de ver a su padre? —preguntó.

—Figúreselo —respondió Amanda secamente.

—No tardaré en complacerla, créame. Pero, por favor, permítame terminar el trabajo. Es cuestión de cinco minutos, se lo aseguro.

—Le vigilaré atentamente, Stagnssen —dijo Percy—. No estoy dispuesto a que me juegue una mala pasada.

—Oh, sí, ya veo que tiene en la mano una pistola desintegradora —manifestó el científico en tono banal—. Abogado, déjeme que le diga que su aspecto es enteramente el de un rufián a sueldo.

—¿Y qué otra cosa eran los hombres que nos atacaron allá abajo? —contestó Percy.

Stagnssen se inclinó sobre el paciente y, con un bisturí, le tomó una muestra de piel, de un centímetro cuadrado, que colocó cuidadosamente en el interior de un frasco de vidrio. Después de taparlo, se dispuso a sellarlo.

—Las circunstancias, a veces, le obligan a uno a hacer cosas que detesta —declaró, mientras manipulaba la sustancia sellante que cerraría el frasco herméticamente—. He tenido algunos tropiezos, justo es decirlo, pero creo que la experiencia adquirida me servirá para evitar errores en lo sucesivo.

—Un error suyo fue el de la avería en las antenas irradiantes de energía —dijo Percy.

—Ah, así se enteraron de mi escondite —dijo Stagnssen.

—Estuvimos en su laboratorio terrestre —expresó Percy.

—Allí no había ningún rastro...

—Se equivoca. Hallamos un fragmento de papel escrito, con la clave del satélite.

Stagnssen se mordió los labios.

—No se puede tener confianza en todos los colaboradores —dijo —. Ordené que quemasen cuantos papeles inútiles encontraran por allá abajo, pero, a lo que veo, alguno desobedeció mis órdenes.

—Y otros murieron por resistirse.

—Lástima —dijo el científico sin inmutarse—. Estoy enterado de lo que ocurre en la Tierra. Las emisiones radiadas y televisadas llegan aquí perfectamente. Siento que algunos de mis pacientes se hayan convertido en estatuas de metal, pero éste es parte del precio que hay que considerar como inevitable tributo a la ciencia.

—¡Inevitable tributo! —dijo Amanda, llena de indignación—. ¿Puede llamar así a la orden de suicidio que impartió a Bill Grintee?

—Iba a traicionarme —contestó Stagnssen.

—¿Cómo lo supo? —preguntó Percy.

Stagnssen movió una mano.

—Venga por aquí —invitó.

Indiferente a la amenaza del arma que empuñaba Percy, echó a andar y cruzó el laboratorio. Percy y Amanda le siguieron de cerca.

El joven contempló al pasar la cara del individuo yacente sobre la mesa de operaciones. Era un hombre de su edad, aproximadamente, en cuya epidermis se apreciaba un ligerísimo brillo metálico, no discontinuo, como en anteriores sujetos.

Stagnssen se dio cuenta de la observación de Percy y sonrió.

—Creo que, por fin, he dado con la fórmula exacta —manifestó —. Con la inapreciable ayuda del doctor Sullivan, por supuesto.

—¿Ha conseguido metalizar por completo todo el tejido epitelial? —inquirió Amanda.

—Incluyendo las mucosas —respondió Stagnssen tajantemente —. Dentro de unas horas haremos la prueba definitiva.

Abrió la puerta y cruzó un túnel de conexión, seguido por la pareja. En el otro habitáculo no había nadie.

Stagnssen se detuvo ante una larga consola, de dos metros de altura, por unos cuatro de longitud, en cuya mitad superior se divisaban infinidad de lamparitas de color ámbar. Algunas eran rojas y otras, las menos, tenían un acentuado color verde.

—Cada una de las lámparas —explicó— corresponde a un

paciente sometido a la «robotización». Cuando alguna de ellas toma un color rojo, basta presionar el mando señalado con la palabra «Identidad» y en unos instantes se sabe quién es el paciente y su posible ubicación.

—Y… ¿qué quiere decir el color rojo? —preguntó Percy.

—La palabra puede que no les agrade, pero, en mi código, significa traición, aunque sea involuntaria. Una de las lámparas rojas correspondía a Grintee.

Amanda se estremeció.

—Usted lo mató —dijo acusadoramente.

—No podía tolerar que revelase mi escondite —dijo Stagnssen fríamente—. Me ha costado muchos años, pero al fin he conseguido establecer un circuito de radio en el interior del cráneo humano, sin necesidad de aparatos especiales. Una cierta disposición de las moléculas de metal en las circunvoluciones del cerebro, la energía eléctrica que éste emite…, también una natural predisposición a la telepatía… En síntesis, es así; no es necesario entrar en explicaciones prolijas.

—Nos damos cuenta de ello —dijo Percy—. Pero ¿cómo le impartió la orden de suicidio?

—Grintee se vio en un apuro. Llamó aquí mentalmente, si es que la palabra lo vale en su situación. Me di cuenta de que no podía hacer nada por él y…

Con espantosa sangre fría, Stagnssen se acercó a la consola y tomó un casco de forma extraña, casi cilíndrica, unido al cuadro de mandos por dos cables en espiral de notable grosor. El casco disponía también de micrófono.

—Cada paciente tiene una longitud de onda, derivada del potencial eléctrico de su propio cerebro —dijo—. Le pregunté dónde estaba, me contestó que en su casa… y le ordené tirarse por la ventana. Obedeció, ¿no? —agregó el científico con espantosa sonrisa.

Amanda sintió un escalofrío de horror.

—Pero ¿qué objeto tienen sus infernales experimentos? —quiso saber.

—¿Objeto? —repitió el científico—. ¿Crear una nueva raza, no inmortal, en el estricto sentido de la palabra, sino compuesta por seres capaces de vivir sin esfuerzo un par de millares de años!

—Y usted los dominará a todos —dijo Percy.

Stagnssen hizo una mueca.

—¿Dominar a todos? Es posible que sí… pero al cabo del tiempo llegaría a hastiarme. Mis intenciones son menos ambiciosas, aunque no lo crean. Me conformaría de unos años, con la gloria derivada de mis trabajos.

—Con el tiempo, su ambición se desmandaría y querría convertirse en el dueño de todos —apuntó Percy.

—No lo creo, pero, en fin, ese es un tema fuera de discusión.

—¿Para qué sirven las lámparas verdes? —quiso saber la muchacha.

Stagnssen se volvió hacia ella. Sonrió.

Amanda sintió frío. La sonrisa del científico le parecía la de un demonio.

—Son las que indican las «vacantes» existentes en la actualidad —contestó—. Una de ellas es suya, señorita Sullivan.

—Entonces, para mí no hay lámpara verde —dijo Percy.

Stagnssen movió la cabeza negativamente.

—No, no la hay —respondió—. Algunos de mis pacientes demostraron en los exámenes preliminares, una cierta predisposición a la desobediencia. Naturalmente, no quise correr riesgos con ellos.

—Y los mató.

—Sí. Lo mismo que haré con usted.

—Olvida que tengo una pistola —sonrió Percy.

—Eso es algo que no le servirá de nada —sonó a sus espaldas la voz de Sillinoe—. Tire el arma o mataré a la chica.

Durante unos segundos, Percy continuó en la misma posición. Al fin, pensando en los posibles riesgos de Amanda, aflojó los dedos.

La pistola cayó lentamente, debido a la menor gravedad existente en el satélite. Entonces, Sillinoe preguntó:

—¿Qué hago con él, doctor?

Percy tenía la vista fija en Stagnssen. Por un momento, creyó que éste iba a dar a su esbirro la orden de disparar.

—He tenido algunos pacientes díscolos y no pude estudiar bien su modo de comportarse —habló Stagnssen por fin—. El abogado Gates me servirá de paciente para mis experimentos en ese sentido. Enciérrele, Ted; yo me quedaré a solas con la señorita Sullivan. Ella

y yo tenemos que conversar de algo muy importante.

—Vamos —ordenó Sillinoe, apoyando la boca de la pistola en la espalda del joven.

Percy miró a Amanda. La muchacha le oprimió el brazo afectuosamente.

—Vaya sin miedo —dijo.

—Puede estar segura de ello —respondió Percy.

Stagnssen y Amanda quedaron solos.

—¿No se imagina qué es lo que tengo que decirle? —preguntó el científico.

—Alguna barbaridad, sin duda —contestó Amanda cáusticamente.

—No tanto —sonrió Stagnssen—. No sea mordaz, señorita Sullivan.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, como quiera. La verdad es que no me interesa lo que tiene que decirme. Lo único que deseo es encontrar a mi padre.

—Está aquí, desde luego.

—Entonces, ¿por qué no lo suelta? —exclamó Amanda vivamente.

—Le necesito. Y a usted también.

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Está bien, hable de una vez. A mi padre ya sé para qué le necesita. Pero no entiendo qué ayuda puedo prestarle yo. No soy científico y mis conocimientos de medicina se limitan a tomar la temperatura y vendar rasguños.

—Para lo que yo pretendo, su ayuda será más que inapreciable, tanto como si poseyera el mejor cerebro del mundo —manifestó Stagnssen.

—¿De veras?

—Sí. Usted ya conoce la sustancia de los trabajos de su padre sobre endurecimiento de las células epiteliales, lo que prolonga su vida. Yo quise que ese endurecimiento se produjese en las restantes células del organismo humano, lo cual significaría un consiguiente aumento en la duración de la existencia.

—Lo sé, pero dudo de que pueda dar resultados positivos.

—Los dará —afirmó Stagnssen. Tomó el frasco que había sellado unos momentos antes y lo levantó en alto—. Ésta es una de las

innumerables pruebas que estoy haciendo al respecto. Usted sabe que las células del cuerpo humano se están renovando constantemente. Unas mueren, otras nacen... en fin un ciclo perfectamente conocido. Pero hay células de duración muy breve, junto a otras que duran un poco más. Yo he tenido distintos grupos de células de todas clases en observación y he podido apreciar que las de vida más breve vivían días y días, en lugar de horas y aun minutos. ¿Se da cuenta de lo que significa eso?

—En cierto modo —contestó Amanda con indiferencia—. De todas formas, los trabajos de mi padre estuvieron siempre guiados por la honestidad.

—¡Ah! —suspiró Stagnssen—. Cada uno es como es y yo no puedo evitar mi forma de ser. Lo único que no he podido probar es si las nuevas cualidades de las células, después del tratamiento Sullivan- Stagnssen se transmiten por herencia.

—¿Quiere decir que trata de averiguar si un hijo de un matrimonio tratado tendrá las mismas propiedades que su padre?

—Exactamente —sonrió el científico—. No he tenido tiempo de encontrar el matrimonio adecuado.., y, aunque así fuera, no han transcurrido todavía nueve meses desde la iniciación del primer tratamiento.

—No le entiendo —dijo Amanda—. ¿Qué tiene eso que ver conmigo y con mi colaboración?

—Confiaba en que fuese más inteligente —manifestó Stagnssen —. Yo estoy tratado, pero usted no. Cuando la haya sometido al tratamiento... se convertirá en mi esposa.

Amanda retrocedió un paso, horrorizada por lo que acababa de escuchar.

—¡Jamás, jamás me someteré al tratamiento! —gritó.

Stagnssen sonrió, mientras avanzaba lentamente hacia la muchacha.

Parecía una araña acercándose a su presa, pensó Amanda. Ella era la presa... ¡y Stagnssen iba a devorarla!

* * *

Percy Gates examinó la habitación donde había sido encerrado.

Era un cubículo de unos tres metros de lado, con un ojo de buey

situado frente a la puerta y sin ninguna clase de muebles. Evidentemente, se trataba de un lugar que algún día habría de cumplir un objetivo.

Por el momento, tal objetivo era sencillo: tenerle a él encerrado.

A través del ojo de buey atisbó una buena parte del planeta. Se preguntó cómo podría escapar de allí.

La puerta era de sólido metal. Puesto que el mamparo donde estaba la ventana circular daba directamente al espacio, no cabía siquiera soñar la posibilidad de romper el cristal para salir por allí.

Revisó los muros de su encierro palmo a palmo. Meneó la cabeza disgustadamente; no había nada que hacer.

Pasados unos minutos, levantó la vista al techo. Elevó la mano; sin ponerse de puntillas, las yemas de sus dedos rozaban el techo.

Frunció el ceño. ¿Había una vía de escape por aquel lado?

Se puso de puntillas y tanteó el techo. Era un menudo entramado de metal blanco, no liso como los otros mamparos, seguramente para permitir el paso del aire respirable.

Hizo fuerza; el techo se combó ligeramente hacia arriba.

—Vaya —murmuró—, quizás esto...

Volvió a ponerse de puntillas y trató de meter los cinco dedos de la mano derecha en sendos orificios. Una vez lo hubo conseguido, curvó los dedos en forma de garras y tiró hacia abajo con todas sus fuerzas.

Se oyó un crujido. El metal se desgarró.

Percy sonrió. Había tenido éxito.

Agarró un trozo del entramado y tiró con todas sus fuerzas. Era una chapa delgadísima, en cuya composición entraba el aluminio de manera preponderante. Puesto que no debía soportar peso, su resistencia era mínima.

Instantes después, había practicado un enorme boquete junto a uno de los mamparos. Se izó a pulso y pateó con fuerza la chapa de aluminio de la habitación contigua.

Sonaron voces excitadas debajo de él. Percy hizo todavía más fuerza y cayó en una habitación análoga a la suya, donde había dos hombres que le resultaron desconocidos.

—¿Eh, de dónde sale usted? —exclamó uno de ellos.

—¡Rayos! —dijo el otro—. ¿Estoy viendo visiones?

—Me llamo Percy Gates —se presentó el joven—. ¿Quiénes son

ustedes?

Eran dos hombres jóvenes y de aspecto resuelto. Uno de ellos dijo:

—Yo soy Johnny Crawford. Este es Max Lyrr. Vinimos aquí para investigar los motivos de la avería en el suministro de energía irradiada.

Percy comprendió que se hallaba en presencia de los técnicos enviados para poner de nuevo la estación en funcionamiento.

—¿Qué pasó? —quiso saber—. Mi monorrueda estaba asignado a este satélite y estuvimos a punto de rompernos la cabeza.

—Parece ser que aquí se hacen unos experimentos muy raros —dijo Lyrr—. No es que sepamos mucho, pero, por' lo visto, se necesita una gran cantidad de energía en determinadas ocasiones. En uno de los experimentos, se les fue la mano y saltó toda una batería de fusibles.

—Y las antenas dejaron de irradiar energía —dijo Percy.

—Justamente —convino Crawford—. Cuando Max y yo llegamos aquí, la avería ya había sido reparada, pero nos encontramos con todas estas instalaciones, que no corresponden a los planos originales del satélite.

—Ya —asintió Percy—. Estoy seguro de que no se sienten a gusto en su encierro.

—Figúreselo —dijo Lyrr, haciendo una mueca.

—Aquí pasa algo raro —masculló Crawford—. La verdad, no estoy muy tranquilo; en cualquier momento, nos van a abrir las tripas o algo por el estilo.

—Podemos evitarlo —dijo Percy.

—¿También usted estaba encerrado? —preguntó Lyrr.

—Sí, pero se me ocurrió probar el falso techo y aquí me tienen ustedes.

Crawford miró hacia arriba.

—Es un cielorraso muy endeble, en efecto —admitió—. Pero por esta puerta no podemos escapar.

Percy elevó las manos y empezó a tirar de la plancha agujerada.

—Ayúdenme —pidió.

Lyrr y Crawford obedecieron de muy buena gana. Instantes después, el suelo quedaba cubierto de fragmentos de aluminio perforado.

—Vamos al otro lado —propuso Percy—. Si encuentran una barra o algo parecido, apodérense de ella para usarla como arma, hasta que encontremos algo más efectivo.

—De acuerdo —asintió Lyrr.

La habitación contigua estaba abierta.

Percy sonrió.

—Es evidente que Sillinoe no contó con el falso techo —dijo satisfecho, mientras se asomaba a través de la puerta.

El corredor estaba desierto.

—Vamos.

Salieron a la carrera, cruzaron el pasillo y entraron en un túnel de conexión, por medio del cual pasaron a un pequeño laboratorio, en el que se veía trabajando a un individuo vestido con una bata blanca.

Lyrr se apoderó de una silla, mientras Crawford agarraba una botella y la rompía por la mitad, a fin de procurarse un arma punzante y cortante, que empuñó resueltamente por el gollete.

—¡No se mueva! —ordenó truculentamente.

El hombre de la bata blanca les miró con gesto de asombro.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Primero, díganos su nombre —pidió Percy, avanzando hacia él.

—Me llamo Harry Sullivan —contestó el científico.

—¡El padre de Amanda! —dijo Percy explosivamente.

—¿Cómo? ¿Conoce usted a mi hija?

—Sí, doctor... Espere un momento —pidió Percy, satisfechísimo por el encuentro—. Johnny, vigile esa puerta. Max, vaya al otro lado. Si entra alguien, procuren reducirle.

Los técnicos obedecieron de inmediato. Percy quedó frente a Sullivan.

—¿Qué es lo que está haciendo ahora, doctor? —preguntó.

—Trato de mejorar mi fórmula de endurecimiento de las células epiteliales —contestó el biólogo.

Percy hizo un gesto de desconfianza.

—Y eso... ¿es efectivo?

—Por supuesto. Hemos hecho algunas pruebas y han dado un magnífico resultado.

Percy se quedó boquiabierto.

—¿Quiere decir... que ha habido quien ha salido al espacio sin traje de vacío?

—En efecto, así es. Lo que pasa es que Stagnssen ha modificado la fórmula...

—Sí, eso ya lo sé. Pero, ¿está enterado de que algunas personas murieron convertidas en estatuas de metal?

—Se produjeron errores en la elaboración de las primeras dosis. No fue culpa mía, por supuesto.

—Y Stagnssen, además, se hace obedecer por todas aquellas personas que picaron en su anuncio.

Sullivan hizo un gesto de pesar.

—Tuve que ayudarle a la fuerza —dijo.

—¿Le ponía una pistola en la espalda mientras trabajaba?

—Peor que eso —respondió el biólogo—. Primero me secuestró y me trajo aquí. Por lo visto, llevaba largo tiempo preparándolo todo... no hay más que ver la serie de construcciones que no pertenecen al diseño original del satélite.

—Sí, eso es cierto. ¿Qué más, doctor?

—Bien, cuando me negué, dijo que tenía a mi hija como rehén y que ordenaría que la matasen si no accedía a sus proposiciones. Obedecí, ¿qué otra cosa podía hacer?

—Vaya un tipo listo —rezongó Percy—. Doctor, Stagnssen le engañó a usted. Jamás tuvo en sus manos a Amanda...

Los ojos de Sullivan se dilataron por el asombro.

—¿Qué me dice usted? —exclamó.

—Lo que oye, doctor. Nunca tuvo prisionera a Amanda... salvo hasta este momento. Subimos los dos, pero a mí me encerró, diciendo que haría experimentos conmigo. No sé qué habrá sido de Amanda, aunque me imagino que no la habrá hecho el menor daño.

Sullivan se enfureció.

—Si la toca, le... Pero voy a ver si me lo quitó de en medio —dijo—. Hace tiempo que estoy esperando la ocasión y lo tengo todo preparado. Sólo me detenía pensar que Amanda podía morir si a él le ocurría algo.

—¿Qué es lo que ha ideado usted, doctor? —indagó Percy.

En aquel instante, Lyrr dijo:

—¡Cuidado, viene alguien!

Percy se agachó, escondiéndose bajo la mesa de trabajo de

Sullivan.

—Compórtese normalmente, doctor —siseó.

La puerta se abrió. Sillinoe entró en el laboratorio, pero casi en el acto, Lyrr le agarró por un brazo, a la vez que le ponía en la garganta las afiladas aristas de vidrio de la botella rota.

—Una sola voz y te corto la yugular —dijo.

Sillinoe se puso lívido.

—No comprendo… —balbuceó.

Percy corrió hacia él.

—Otra vez, procure reforzar el techo —dijo sarcásticamente—. ¿Qué le trae por aquí?

Los ojos de Sillinoe voltearon agónicamente en sus órbitas.

—El doctor… Stagnssen… quiere que Sullivan vaya… a verle… —balbuceó, lleno de terror.

—Muy bien, ahora irá —prometió Percy—. Max, suéltele.

—Sí, señor.

Lyrr se separó un paso del rufián. Antes de que Sillinoe pudiera apercibirse a la defensa, Percy disparó su puño derecho.

Se oyó un seco chasquido. Sillinoe se estremeció un instante y luego, de modo repentino, se convirtió en una estatua de metal.

—¡Rayos! —juró Lyrr—. ¿Qué ha pasado aquí?

Sullivan se acercó pensativamente a la estatua.

—El golpe recibido ha provocado una especie de choque catalizador, acelerando instantáneamente la multiplicación de las moléculas de metal —expresó—. Será cosa de tener esto en cuenta para sucesivos experimentos.

—Mejor que entregarnos a aventuradas especulaciones, convendría ir en busca de Stagnssen —dijo Percy. Y añadió —: Pero tenemos que actuar con todo cuidado; Amanda está con él… y no querría que le sucediese nada malo.

No lo dijo en voz alta, pero se prometió estrangular a Stagnssen con sus propias manos si le hacía algo a la muchacha.

Amanda estaba sentada, observando los movimientos de Stagnssen en el laboratorio. De pronto, sonó un tenue zumbido.

Stagnssen se volvió y contempló la consola, donde una lámpara de color rojo centelleaba con rápidas intermitencias.

Se acercó a la máquina y presionó un botón. Al cabo de unos segundos, salió una tarjeta a través de una ranura situada en uno de

los lados de la consola.

Una maldición se escapó de sus labios.

—¡Han capturado a Sillinoe! —dijo.

Amanda se alarmó. Había oído la orden dada a Sillinoe de traer a su padre a aquel lugar y al escuchar a Stagnssen se dio cuenta de que éste se sentía alarmado.

Stagnssen se volvió hacia ella.

—No sé qué ha ocurrido —dijo—, pero si intentan atacarme, usted será la primera en pagar las consecuencias.

—Percy Gates vendrá a salvarme —dijo Amanda confiadamente.

—¿De veras? —se burló el científico—. Está bien seguro...

—Si alguien ha capturado a Sillinoe, ha sido Percy, téngalo bien presente. Y no tardará en venir aquí para darle su merecido.

Stagnssen pareció sentirse preocupado.

—Está bien —dijo—. De todas formas...

Y avanzó hacia ella.

Amanda se puso lentamente en pie. Por nada del mundo iba a tolerar que Stagnssen volviera a acariciarla como antes. Cada vez que se acordaba del lascivo contacto de sus manos, sentía náuseas.

De pronto, agarró la silla y atacó al científico. Stagnssen retrocedió y estuvo a punto de caer.

—¡Maldita! —rugió.

Amanda continuó atacándole. Tenía la silla asida por el respaldo y golpeaba con las patas por delante.

—Ahora pagará todo el mal que ha hecho —dijo.

Un altavoz atronó de pronto el ambiente.

—¡Amanda, soy Percy! ¡Aguante un poco; ahora vamos a salvarla!

—Sí, Percy, le espero —contestó ella triunfalmente.

Stagnssen se puso en pie.

Sus ojos brillaban con fuego de demencia.

—¡Lo destruiré todo antes que dejarme derrotar! —aulló.

Giró sobre sus talones y se lanzó hacia la salida opuesta, sin que ella pudiera detenerle.

Percy y los demás entraron en el laboratorio instantes después.

—¡Amanda! —gritó el joven.

Ella extendió una mano.

—¡Ha huido! —dijo. Corrió hacia su padre y le abrazó

estrechamente—. ¡Papá! —gimió.

—Eh —dijo Lyrr de pronto—. ¡Miren eso; es fantástico!

Percy corrió hacia una de las ventanas.

—Lo estoy viendo y no lo puedo creer —dijo.

Crawford sacudió la cabeza.

—Será la ruina de los fabricantes de trajes de vacío —murmuró.

A través del amplio ventanal, pudieron ver a Stagnssen flotando en el espacio, desprovisto de su bata, pero vestido con un simple traje de una pieza, sin otra protección especial.

A la espalda llevaba los depósitos de aire, similares a los de los escafandristas submarinos. El equipo de respiración autónoma llevaba otra botella, que era el cohete propulsor.

—¿Adónde diablos va ese tipo? —preguntó Lyrr.

—Dijo que lo destruiría todo —declaró Amanda.

—No destruirá nada —aseguró su padre—. Ésta es la ocasión que estaba esperando desde hace mucho tiempo.

Percy volvió la vista hacia Sullivan. Los ojos del biólogo brillaban de un modo singular.

Stagnssen se alejó rápidamente. Desde el laboratorio, pudieron verle forcejear con los mandos del cohete, sin que éste respondiera a sus esfuerzos.

—Se le ha averiado —dijo Percy.

Stagnssen se convirtió en un puntito brillante en el espacio, que volaba en una dirección determinada.

—Va hacia uno de los espejos —gritó Amanda.

—Exactamente —confirmó su padre.

Percy se estremeció.

Un grito agudísimo resonó de pronto en el laboratorio.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! —chilló Stagnssen, a través de su aparato de radio.

—Ya nada se puede hacer por él —dijo Sullivan.

Stagnssen se desprendió del cohete, pero ello no modificó su trayectoria. Rebasó el borde del espejo y entró en el foco de calor.

Durante unos segundos, se vio todavía un puntito negro. Luego, acallados los gritos, estalló un ligero fogonazo.

Desde el laboratorio pareció como si una mariposa se hubiese quemado en una llama. El chispazo se apagó al instante.

Percy se pasó una mano por la cara. Stagnssen había muerto

apenas rebasado el borde del espejo, en cuyo foco debía de reinar una temperatura de miles de grados.

—La pesadilla ha terminado —dijo.

Miró a Amanda y sonrió.

Ella sonrió también.

—Todavía queda mucho trabajo —dijo Sullivan.

Percy se volvió hacia el biólogo.

—Hay centenares de desdichados aquí, a quienes es preciso devolver su personalidad.

—Y anular en parte el tratamiento a que fueron sometidos, a fin de evitar que les suceda lo mismo que a Sillinoe.

—Pero eso será cuenta suya, doctor. Yo no entiendo nada de biología ni de tratamientos moleculares…

Sullivan sonrió.

—No me faltarán ayudantes —dijo—. Mi hija, uno de ellos…

Percy agarró la mano de la muchacha.

—Lo dudo mucho, doctor —manifestó.

Amanda se sonrojó vivamente.

—¿Por qué dice eso, Percy?

—Recuerde su grado kayroniano —dijo el joven—. Está destinada a ser una ama de casa.

—¡Oh! —exclamó la joven.

—Vaya —rezongó Sullivan—. Y sin contar conmigo.

—Es un asunto que nos interesa a ella y a mí exclusivamente —dijo Percy—. Al menos, así lo creo yo. ¿No opinas tú lo mismo, Amanda?

La joven continuaba con las mejillas encarnadas.

—Si tú lo dices, Percy… —suspiró.

—Ella y yo queremos ser seres humanos y no robots vivientes —dijo Percy firmemente, pasándole un brazo sobre los hombros. Y Amanda asintió; estaba por completo de acuerdo con las palabras de Percy.

FIN